

# LA TECNOCRACIA, TENTACION Y ESPANTAJO DEL MUNDO MODERNO

«Omnia Fac cum consilio».

(*Eclesiastes*, XXXIII, 24.)

Sócrates: ¿Qué nombre das a la ciencia relativa a las comunidades políticas?

Alcibiades: El de Ciencia del Buen Consejo.

PLATÓN

«El reino de la inteligencia científica... el más despectivo de los regímenes.»

BAKUNIN

## I. CUESTIÓN DE PALABRAS

Las palabras mismas son imprecisas: ¿Qué diferencia, qué matiz, separa y tal vez opone el experto respecto al técnico o al especialista, el director respecto al «manager» y al administrador, el sabio respecto al erudito, el intelectual al universitario? ¿Qué es, hablando con propiedad, la tecnocracia? ¿Ha entrado ya legítimamente en el vocabulario de las ciencias sociales o no es sino una palabra más en los ricos bagajes de la polémica?

1.1. Sin aventurarnos en este «maquis» lingüístico, nos atendremos a las definiciones que da R. M. Grégoire en su nota preliminar al V Congreso Mundial de Ciencia Política (París, 26-30 de septiembre de 1961), que ha servido de punto de partida para el presente trabajo: «Especialista es todo hombre que poseyendo, por formación o por experiencia, conocimientos y métodos de pensar adecuados para proponer y resolver cuestiones determinadas, es llamado a título de tal para intervenir en la dirección de los asuntos públicos.»

«Administrador es todo hombre encargado de preparar, en beneficio del político y basándose en los datos que le proporciona el especialista, una gama de decisiones posibles entre las que el político hará su elección.»

«Político es, finalmente, todo hombre cuyo poder se aplica a operar una elección en función de un sistema de valores, de objetivos y de medios cuya elección le pertenece.»

En resumen, y conforme con la definición propuesta por el grupo belga de terminología de las ciencias sociales, se entenderá por tecnocracia «todo sistema de gobierno que cree conveniente confiar la dirección de los medios de producción y, si fuera necesario, el gobierno del Estado a técnicos, ingenieros, hombres de ciencia, economistas, etc.» (1).

1.2. Por muy netas que parezcan las anteriores definiciones, no determinan con firmeza los límites de los conceptos en juego, sobre todo el de «especialidad». ¿Cuáles son, en efecto, los conocimientos especiales, los modos de pensar que cualifican a un hombre y hacen que se le consulte? En un siglo en que la mayoría de las personas, por educación o experiencia, y frecuentemente por educación y experiencia, adquieren una cualificación cada vez más profunda para su oficio o para su disciplina, en que la «especialización del especialista» se hace más estrecha y más intensa de día en día, la masa de los técnicos y de los cualificados crece sin cesar. Correlativamente, el número de «cuestiones determinadas», esto es, de problemas demasiado particulares para no exceder al simple buen sentido o a la cultura general, aumenta igualmente y con mucha rapidez. Tanto, que es legítimo anticipar que si la palabra «especialista» debe extenderse a todos los que en el mundo moderno ejercen una cierta «maestría», debe asimismo comprender, en buena lógica, no sólo a los especialistas en las técnicas de las ciencias exactas o de las ciencias humanas sociales, sino también a los especialistas en las estructuras y técnicas de la administración de la guerra, del control y manejo de los grupos de presión (que constituyen el «Know How» por excelencia del aparato que dirige los partidos y los sindicatos) e incluso, ¿por qué no?, a esos especialistas de la cosa pública, a esos técnicos de los métodos de gobierno que son los políticos, bien sean hombres de Estado, gobernantes o simples políticos.

1.3. Ciertamente, y por definición, el político es otra cosa y superior al experto, pues posee, además del poder de decidir, que no tiene el especialista, el de utilizar o no utilizar al especialista, el de escuchar sus consejos o no hacerle caso. Reconocido esto, que es punto importante, conviene, al parecer, buscar un común denominador sociológico y funcional a grupos y hombres que habitualmente no se encuentra reunidos, y ello no por gusto de simplificación

---

(1) El término parece haber sido lanzado por el americano H. Scott en 1931. Scott había tomado los principios fundamentales de su doctrina del sociólogo y economista Th. Veblen. Pero la idea es mucho más antigua, puesto que se la encuentra en la *Nova Atlantis*, de F. BACON (1627), y en *Le système industriel*, de SAINT-SIMON (1821). Cfr. J. MEYNAUD «¿Qué es la tecnocracia?», en *Revue Economique*, julio 1960, págs. 497-526.

excesiva, sino por voluntad de estar en contacto con la realidad. Pues una buena parte de las tensiones que registra el observador son, como se verá, no tanto conflictos entre especialistas y políticos cuanto entre especialistas en técnicas, aproximaciones y disciplinas diferentes, comprendida la política, la moral y la vida del espíritu, vago terreno de caza del «intelectual» y de otros especialistas en los problemas generales.

## 2. EL PAPEL CRECIENTE DE LOS EXPERTOS EN LA VIDA POLÍTICA

Todo el mundo experto, pues, y de una forma u otra, todo el mundo especialista. Todos aquellos, al menos, que dirigen, saben o poseen una parcela del poder social y se hallan colgados en un peldaño u otro de la escala de los prestigios.

Y se recurre a su competencia. Cada día más frecuentemente. Su autoridad pesa más de día en día.

Se trata de un fenómeno general (se constata en todos los sectores y todos los niveles de la vida social), universal (se observa tanto en los países del «Tercer Mundo» como en los de los mundos libre y comunista, en todos los regímenes económicos, sean de planificación, de coordinación o de libre empresa; en todas las sociedades, liberales o totalitarias) e irrevocable (porque está ligado a la naturaleza de las cosas).

2.1. Las causas de esta evolución son de dos órdenes:

Las primeras hay que buscarlas, evidentemente, en la constante extensión de las competencias y de las intervenciones del Estado, en su voluntad de crear una sociedad y una economía «racionales».

Las segundas engloban a las primeras, aun permaneciendo distintas. Pueden ser resumidas citando la racionalización sistemática de las conductas, de las creencias, de los móviles y de los modos de vida, racionalización que tiende a eliminar el empirismo popular en todos los dominios (2); hay que citar también la extrema especialización de los métodos y las disciplinas (3).

De donde (pese a las llamadas rituales a la interdisciplina) las cátedras, las enseñanzas, los coloquios y aun los espíritus, cuya base se hace cada vez más

---

(2) Por otra parte, combatido él mismo por la racionalización sistemática de las conductas y de los móviles, la tecnificación sistemática de los medios, la difusión de un espíritu «técnico» en las masas (por modificación en las estructuras del empleo, por su afición a la mecánica, organización de la medicina, *gadgets* de toda especie, sistemas de consumo, etc.).

(3) P. M. GRÉGOIRE escribe sobre el oscurantismo del estilo administrativo cosas muy justas en *Le langage de l'administration et les affaires*. París, 1954.

estrecha y su objeto más extraño al «hombre de la calle» —¿qué digo?, incluso al especialista de la generación precedente y aun de la colonia vecina.

A lo que se añade la dificultad del lenguaje científico.

Que es a veces un idioma extraño que el especialista debe aprender poco a poco y sin estar nunca completamente seguro de conocerlo perfectamente bien. No seamos crueles, no citemos a nadie. Contentémonos simplemente con recordar el escalofrío sagrado que experimenta todo contribuyente, sea cual sea su grado de cultura, ante el idioma de las hojas de contribución, o nuestra maravilla ante las bellezas góticas del estilo notarial. Y reconozcamos que muy a menudo pasa lo mismo con el vocabulario, fluído y en gran parte personal, de las ciencias humanas y sociales (4).

2.2. Ilustremos nuestra tesis con dos ejemplos. El primero concierne a los instrumentos de medida, de decisión y de política macro-económica. Son a la vez tan técnicos, numerosos, complejos, matematizados (y frecuentemente tan discutibles), que no se ve el modo por el que el simple ciudadano (y con esta expresión se designa al especialista de otras disciplinas) pueda intervenir útil y conscientemente en los juegos de un mecanismo que le aplasta y le sobrepasa tan absolutamente. (No es seguro, por otra parte, que no aplaste a veces a los mismos «aprendices de brujo» de la macro-economía).

Toda forma de planificación económica, por muy «flexible» que sea, es en sí, pues, tecnocrática, incluso si pudiera ser compensada, cosa que no creo posible, como veremos (3.3), por ciertas formas de democracia industrial. Por otra parte, este carácter es lo que le da a la macro-economía todo su prestigio ante los especialistas de los problemas económicos y financieros.

El segundo ejemplo se refiere al Derecho: la extensión de la empresa jurídica va creciendo, como por otra parte es normal en un Estado que se ocupa cada vez más de todas las actividades humanas. Además, por escrúpulos de equidad o por abandono a las presiones sociales, el legislador matiza hasta el infinito la legislación y la modifica sin cesar. La producción en este campo es, por ello, inmensa (5). ¿Quién, en estas condiciones, que probablemente han de ir agravándose, es capaz de envanecerse de dominar la integridad del Derecho fiscal, del Derecho relativo a los seguros sociales, a las pensiones, a las viviendas, a las tarifas aduaneras? Nadie, salvo, claro está, algunos especialistas, más raros de día en día y cada vez más incómodos a causa del flujo ininterrumpido, y puede que contradictorio a veces, de las medidas legislativas.

Esta evolución está ligada a la naturaleza de las cosas, lo repito, y por ello:

(4) B. WOOTON: «La terminología de las ciencias sociales», *Bulletin International des Sciences Sociales*, 1950, núm. 1.

(5) En Bélgica hay en vigor, como anticipa prudentemente M. M. RUTTIENS-MANSART, unas 15.000 disposiciones. Artículo publicado en 1960 en *Res Publica*, núm. 1, páginas 33-44.

es imposible sustraerse a sus efectos. En este nivel la vulgarización más inteligente se hace sospechosa. Tanto más cuanto que ni el especialista ni el político, y mucho menos, naturalmente, el hombre de la calle, tiene gusto, tiempo o capacidad para dedicarse a estos problemas capitales de una desconcertante novedad.

El esoterismo más total y discriminatorio será en adelante el precio del progreso.

### 3. CONSECUENCIAS DE ESTE ESTADO DE COSAS: AUSENCIA DE UNA DEMOCRACIA GOBERNANTE

Las consecuencias de este estado de cosas son múltiples.

3.1. Se desvaneció el bello sueño del siglo XIX: el sueño de una sociedad sin misterios y sin técnicos, sin Estado y sin partidos (*a fortiori*, sin partido); sin otra administración que la simplicísima que se deriva de las cosas; sin otro gobierno que el espontáneo y sin trabas de hombres libres que juzgarían, autónomos, con ojo lúcido y suficientemente competente, el curso de un mundo donde la solución de los problemas sería obvia. El mismo Estado capitalista que complicaba a placer las estructuras del Estado y las instituciones, y la burguesía también, eran quienes querían que las cosas fueran así a fin de defender mejor los intereses de clase. En el régimen que se profetizaba nada sería complicado: los problemas, todos los problemas a resolver, «podrían ser presentados a los electores en la forma más simple, de forma que pudieran responder con un sí o un no» (6).

«En la sociedad del porvenir —escribía en 1919 N. Bujarin (7)—, todos los hombres estarán al corriente de todas las ramas de la producción. Hoy administro, calculo...; mañana trabajaré en una fábrica de jabón; a la semana siguiente, tal vez en un invernadero en la ciudad, y tres días después, tal vez en una planta eléctrica... Los hombres seguirán los cuadros de la estadística y configurarán según a ellos su trabajo...» Y un poco más adelante: «En las oficinas de contabilidad un día trabajarán unos, mañana otros. La burocracia y el funcionarismo permanentes desaparecerán. El Estado ha muerto y con él, como se ve, todos los técnicos.»

Naturalmente serán precisos algunos años, veinte o treinta años, o tal vez dos o tres generaciones, para poder asegurar a todos la amplia cultura, la instrucción conveniente que son necesarias si se quiere «crear otro mundo, otros hombres y otras costumbres». Pero después de este lapso de tiempo los espe-

(6) L. de BROUCKERE: *La vie politique*, Bruselas, agosto de 1938.

(7) *A B C del comunismo*, París, 1925, págs. 73-77.

cialistas habrán perdido toda razón de ser; el principio mismo de especialización habrá desaparecido.

Lenin tiene unas ideas más definidas todavía. Condena «el prejuicio "burgués-intelectual" según el cual el Estado sólo puede ser gobernado por funcionarios especiales». La estadística ha sido hasta el presente monopolio exclusivo de especialistas estrechos; se convertirá en patrimonio de todos y será popularizada a fin de que los «trabajadores aprendan poco a poco, por ellos mismos, cuánto y cómo es preciso trabajar... para que los mejores comunas sean premiadas *en seguida* (el subrayado es mío) con una disminución de las jornadas de trabajo, etc.».

Del mismo modo la planificación no deberá ser confiada a los especialistas. Por lo pronto no puede haber un plan concreto de organización de la vida económica. «Nadie puede darlo, ni siquiera los economistas». Y añade: «Solamente la masa puede elaborarlo desde abajo por medio de la experiencia» (8).

Algunos hechos, algunas experiencias marchitaron, por un instante, desde luego, este emocionante optimismo, esta fe total en las potencialidades infinitas del hombre —de todos los hombres—. Y así, los sindicalistas más puros se vieron obligados a admitir que el grupo de seres que les parecía contener el máximo de capacidades humanas, el grupo de los trabajadores, distaba mucho de tan ricas posibilidades, y que probablemente no estaba en condiciones de asegurar el incesante «turn-over» de los dirigentes con que habían soñado los teóricos del sindicalismo.

Ya en 1913 el militante sindicalista V. Griffuelhes se había visto obligado a constatar:

«La realidad nos prueba que los hombres capaces de cumplir inteligentemente una función son raros, muy raros, demasiado raros. Sucede en todos los medios..., tanto en los partidos como en la clase obrera: faltan personas inteligentes. Las iniciativas son raras.»

Y R. Michels, en ese libro profético que publicó en 1911 bajo el título de *Zur Sociologie des Parteiwesens in der Demokratie* (9), afirmaba que el régimen democrático volvería en adelante la espalda a su esencia y a su razón de ser y tendería fatalmente hacia formas de organización oligárquicas.

Pero en general se creía que no se trataba sino de nubecillas negras en el inmenso optimismo de fin de siglo. No se las quería ver porque se rehusaba creer que esas nubecillas acabarían por cubrir el cielo entero.

(8) L. MOULIN: «Lenin y el poder», *Politique, Revue internationale des doctrines et des institutions*, enero-marzo 1958, págs. 27-60.

(9) Traducido y publicado en francés en 1941 con el título de *Les partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des démocraties*.

3.2. ¿Pero qué comprobamos hoy día sino la ausencia cada vez más señalada de la opinión pública en las decisiones de la cosa pública, la ausencia de la masa de los hombres-masa en la vida política? Dejando aparte algunos contados casos de supertensión social (10), el ciudadano huye de «la política», la ignora, y si no puede hacerlo, la afronta como un escolar distraído y soñador: por falta de información, por falta de interés, por falta de cualificación, por falta de audiencia.

¿Falta de información? No es fácil, es un hecho, obtener cifras, datos, hechos sólidos. La prensa es con frecuencia parcial, está mal hecha o mal documentada. El aparato estadístico del Estado (y sobre todo del Estado belga) es deficiente. Las declaraciones ministeriales más precisas en apariencia están muchas veces destinadas a «ahogar el pez». Las cifras citadas por los partidos son contradictorias y tendenciosas (11); el ciudadano medio se pierde en todo ello, no sabe dónde se encuentra y pronto renuncia a averiguarlo.

¿Falta de interés? De hecho, el ciudadano renuncia tan pronto a averiguar la verdad, que casi parece que no le interesa. Lee poco los periódicos diarios, menos aún los semanarios y todavía menos las revistas. Y lo que lee lo lee superficialmente; más de un 40 por 100 no lee jamás, o muy raramente, el artículo de fondo (y ¿qué valor tiene la lectura del 32 por 100 que declaran leerlo *siempre*?); más de un 56 por 100 no lee jamás, o muy raramente, las reseñas de los debates parlamentarios; más del 48 por 100 los artículos políticos; el 78 por 100 las revistas políticas... (12).

Más del 45 por 100 declara no asistir jamás a los mítines electorales; un 14 por 100 lo hace raramente (tanto da decir que nunca); un 20 por 100 vá a veces. ¿Qué auditorio de fieles queda? (13).

Los mismo se puede señalar de los libros, la radio, la televisión y el cine. Numerosas encuestas de opinión han permitido establecer el tiempo que el hombre medio dedica a su formación y a su información. Es irrisorio (14). Y la clase obrera, lejos de constituir ese grupo privilegiado que quiere ver en ella cierta filosofía, se revela todavía menos instruída, menos abierta a las noveda-

(10) Y aun en este caso... (cfr. sobre este punto el artículo publicado por M. R. CLAUSSE y sus colaboradores en *Res Publica*, 1961, núm. 4).

(11) Hasta el punto de que una larga y sabia polémica mantenida entre los partidos y la Federación de Industriales Belgas no ha logrado esclarecer este punto: ¿Está atrasada la industria belga? ¿Ha progresado al mismo ritmo que la industria de otros países?

(12) G. JACQUEMYS. *Insoc* lleva quince años de actividad. «Los sondeos de opinión, las cuestiones propuestas, los principales resultados». *Insoc*, 1960, núm. 3 y 4.

(13) Señalemos, además, que las cifras indicadas se refieren al conjunto de la población. Son más elevadas todavía cuando se refieren a obreros, campesinos o empleados.

(14) Cfr. las publicaciones del Centro Nacional de Estudios Técnicos de Difusión Colectiva (Bruselas, 1960-1961), de un interés excepcional y de todo punto sobresalientes.

des, más atiborrada de prejuicios y de ideas falsas que los otros grupos estudiados. Y dejemos aparte a los funcionarios, empleados, comerciantes y también, aunque no siempre, a los campesinos (15).

¿Falta de cualificación? El ciudadano medio tiene ciertas excusas para proceder así: lo más a menudo pierde pie ante el contenido de la información. No sabe nada, no comprende nada; a la décima línea ha perdido todo punto de referencia. A no ser por el diario que a grandes golpes de tam tam llama su atención sobre ciertos puntos (16) y en grandes caracteres le resume lo esencial (o lo que el periódico cree o quiere hacer creer esencial), ni siquiera se enteraría de lo que pasa. Y la situación se agrava todavía más cuando se trata de datos técnicos, financieros, económicos, etc.

Y por fin, la falta de audiencia. El ciudadano medio no sólo se da cuenta de que no sabe nada de los problemas tratados al nivel del Estado y que lo esencial de las razones, medios y objetivos de las grandes decisiones le escapan completamente (7.4). Sabe además que en el caso de que él tenga una opinión bien determinada, esta opinión no tiene ninguna probabilidad de ser oída si va en contra de la opinión o de los intereses de los políticos.

Citemos algunos ejemplos:

Cerca del 42 por 100 de los electores belgas interrogados son contrarios al principio de los senadores autoelegidos (y 28 por 100 partidarios de ello); el 56 por 100 son partidarios del principio del referéndum (y 26 por 100 contrarios); el 62,2 por 100 estiman insuficiente su contacto con los representantes de la Cámara y del Senado; 52,5 por 100 piden la integración del ejército en una organización europea, mientras que el 28,7 por 100 rechaza tal cosa.

La opinión pública se muestra hostil a la compatibilidad de los cargos de regidor, alcalde o consejero con los de diputado o senador (17); al crecimiento regular del número de diputados, al reforzamiento de la inmunidad parlamentaria, etc. Es, por el contrario, extremadamente favorable a la realización rápida de las grandes aglomeraciones: Gran Bruselas, Gran Amberes, Gran Lieja, etc.

Pero los políticos no estarán, por ello, menos dispuestos a defender las

(15) Sobre las «razones» políticas que pueden llevar a un miembro de un partido a preferir en el momento del *poll* a un candidato o a otro, cf. J. STENGERS y A. PHILLIPART: «Una experiencia de encuesta electoral», *Insoc.*, núm. 4, 1959, especialmente págs. 71-77 y 80-83 (2).

(16) V. PACKARD: *La persuasion clandestine*. París, 1958.

(17) ¿Cuál es la explicación de esa resistencia a las presiones, muy vivas, de la opinión pública? El hecho de que en Bélgica más de 200 diputados y senadores, de un total de 387, ejercieran en 1956 las funciones de alcalde, regidor o consejero municipal. Por lo que respecta a Francia, M. DEBRÉ: «Tres características del sistema parlamentario francés», *Revue Française de Science Politique*, enero-marzo de 1955, págs. 22 y sigs.

causas que la opinión condena: continuarán no aceptando las proposiciones que la opinión hace; tan es así, que la opinión sabe que cuanto haga en este sentido y piense lo que piense sobre estos temas «tabú», será como apalear el agua.

¿Consecuencias de este estado de cosas? La no participación o la muy débil participación de las masas no sólo en los *decision making processes*, lo cual es lógico, sino también en la vida política y sindical. Son innumerables los ejemplos de esta «ausencia». El porcentaje de los trabajadores inscritos en sus sindicatos es del orden del 30 al 35 por 100; el de ciudadanos inscritos en uno u otro partido es más bajo todavía, y el porcentaje de los que, inscritos, participan en las reuniones es a lo sumo el 5 por 100.

Un ejemplo: en la asamblea política de un municipio belga de más de 65.000 habitantes, una reunión decisiva en apariencia, puesto que se destinaba a establecer la lista de los candidatos socialistas en las próximas elecciones, reunió a 72 miembros de un total de 1.700 inscritos. Resultados del escrutinio: 48 a favor, 21 en contra y 3 abstenciones (18). Entre menos de un 3 por 100 de los miembros consiguieron la victoria. Y se trataba de una reunión de una importancia excepcional.

El fenómeno es general. En el mismo municipio, menos de 15 por 100 de los electores del partido social cristiano participaron en el «poll» (19).

Mas aunque se sienta uno inclinado a creer con G. Sartori (20), H. Tingstein, S. M. Lipset y algunos otros que el activismo político, lejos de representar el núcleo consciente del cuerpo electoral, comporta un grado importante de rigidez intelectual, estrechez moral e incluso fanatismo, no se puede aceptar sin inquietud una pasividad popular tan generalizada.

3-3 Esta ausencia de las masas, que tiende a agravarse, tiene en todo caso una consecuencia importante: es que no parece posible depositar la confianza en lo que G. Burdeau llama la «democracia gobernante» (21) para combatir o

(18) *La Gauche* de 18 de febrero de 1961.

(19) Declaración pública del presidente nacional del P. S. C. Cfr. el número especial del *Boletín Internacional de Ciencias Sociales*, enteramente consagrado al problema de la «participación de los ciudadanos en la vida política». Artículos de ST. ROKKAN, A. CAMPBELL, G. DUPEUX, A. H. BIRCH, etc.

(20) «Democrazia, burocrazia y oligarchia nei partiti», *Rassegna Italiana di Sociologia*, julio-septiembre de 1960, núm. 2, págs. 133.

(21) Con todo lo que esta democracia monolítica y totalitaria, cuyo jacobinismo nos ha proporcionado el primer ejemplo, tiene de inquietante para la autonomía de la voluntad humana y para las mismas masas. Cfr. sobre este punto el bello artículo de G. BURDEAU: «El destino de la idea democrática», *Revue de l'Action Populaire*, mayo 1961, págs. 517-525.

contrapesar las fechorías de la burocracia, del centralismo y de la «tecnocracia» (22).

Se trata de un mito al que es necesario aplicar la demitificación más absoluta, sea, como se verá, marxista o maquiavélica.

Pues el deseo que más frecuentemente se encuentra en las masas no es el de asumir responsabilidades, económicas o de otra especie, sino el de huir de ellas lo más que se pueda. Un hombre tan bien informado sobre el estado actual del movimiento obrero como G. Lefranc se ve obligado a constatarlo: «El hombre es distinto de como lo había imaginado la filosofía del movimiento obrero: prefiere evadirse de la fábrica maldiciéndola, que aprender, cultivándose, a ejercer en ella una parte de dirección».

Por no haber encontrado ninguna oposición de parte de los hombres particularmente poco experimentados en el gobierno de la ciudad, es por lo que los técnicos de toda especie, comprendidos los del gobierno y la administración, han invadido y ocupado los puestos claves, agravando así el estado de alienación política o social del ciudadano.

3-4. ¿Será posible enderezar semejante situación? (suponiendo que no sea la normal). Haría falta ser muy ingenuo para creerlo. Ni la administración, ni el aparato de dirección de los partidos, ni el ejército (en ciertos países) tienen, en efecto, la intención de abandonar la más mínima parcela de un poder que les encanta, les sitúa muy alto en la escala de los prestigios sociales y les asegura un *status* económico-social estable y confortable. ¿Por qué habrían de consentir en hacerse el hara-kiri? Todo se opone a ello: la conciencia que poseen de sus derechos, de sus intereses, de su competencia, de los servicios que han rendido; el tipo caracteriológico a que pertenecen, que es lo más frecuentemente el de «sanguíneos», coléricos, ávidos de acción y de poder; la confusión que se ha establecido en sus espíritus entre su propia ascensión social y la del grupo a que pertenecen, etc. Y también, todo hay que decirlo, su certidumbre de que las masas, en tanto que masas —esto es, en cuanto compuestas de la masa de los trabajadores o de los ciudadanos—, jamás será capaz de actuar con conocimiento de causa. En este punto se ven obligados a dar la razón a Lenin en la célebre polémica sobre la espontaneidad revolucionaria de las masas mantenida frente a Rosa Luxemburgo: abandonadas a sí mismas, las masas harán sindicalismo, corporativismo, reformismo, cualquier cosa menos la revolución (7.3).

Transponiendo esta constatación del plano de la táctica revolucionaria al

---

(22) Para darse cuenta de la suma de ingenuas ilusiones que se esconden tras la creencia («es preciso y es suficiente...») de que sería fácil pasar de un régimen directorial a un régimen socialista, basta con leer el prefacio que L. BLUM ha escrito para el libro de J. BURNHAM: *L'ère des organisateurs*. París, 1947.

de la acción política, se podría decir: abandonadas a sí mismas, las masas harán lo que se quiera, menos gobernar. Es sin duda muy generoso esperar que un día será posible simplificar los problemas del gobierno de los hombres hasta el punto de que cualquiera pueda darles la solución justa con conocimiento de causa. Pero es difícil creer en ello. Iré más lejos: creo que cada vez existen menos probabilidades de que jamás se produzca esa simplificación extrema de los problemas, al menos una simplificación que no altere ni desnaturalice en nada su sustancia, reduciéndolos peligrosamente a «slogans» electorales del tipo de «El Pan, la Paz y la Libertad», «Repartición equitativa de los beneficios» y aun «La igualdad en la libertad» e incluso «La libertad en la igualdad».

3.5 El postulado de la democratización de la economía implica, por otra parte, que se produzca previamente una revolución aún más difícil que la primera y, por consiguiente, todavía más improbable: la que aseguraría la democratización de los mismos partidos, de los sindicatos y de los grupos de presión: Quiero decir: una democratización real en profundidad, no una democratización formal a flor de piel. Lejos de asistir a una operación constante de soldaje de las élites dirigentes a una verdadera ósmosis social, el observador registra toda una serie de fenómenos que denuncian tendencias completamente opuestas: reelección ininterrumpida de jefes, provistos prácticamente de mandatos de por vida, de donde se deduce una creciente oligarquía; autoelección de hecho más y más frecuente; permanencia y burocratización de los organismos; recurso constante a los expertos y a los «intelectuales»; ausencia de rendimientos de cuentas; rareza de las consultas a los estamentos inferiores; negativa a tenerlos en cuenta (23); importancia de las decisiones capitales tomadas en la cima, etc. (24).

Ciertamente a esta situación la favorece la apatía espontánea de las masas y la ausencia casi total de los afiliados a los partidos a las reuniones de los mismos. ¿Es ello consecuencia o causa de la falta de democracia real de los grupos de presión? La cosa se puede discutir hasta el infinito. Ciertos análisis sociológicos norteamericanos tienden a probar que los sindicatos llevados de una forma autocrática no atraen demasiado la participación de sus afiliados. Pero es igualmente evidente que en los sindicatos cuyos cuadros dirigentes no

---

(23) Cuando las huelgas de diciembre de 1960 y enero de 1961, las negativas locales a participar en la huelga, votadas con más de un 80 por 100 de votos, han sido infirmadas por decisión superior. Cfr. E. CHLEONER: *Cien años de historia social en Bélgica*, Bruselas, 1956; V. L. ALLEN: *Power in Trade Unions: A Study of their organization in Great Britain*, Londres, 1954.

(24) Sobre la tendencia espontánea a la oligarquización del mando, cfr., además de R. MICHELS, que ha dicho lo esencial en este punto, M. DUVERGER: *Les Partis Politiques*. París, 1951, págs. 178-189 y passim.

tienen una configuración autoritaria (cosa rara), la participación de los miembros es igual de esporádica, fugitiva e inconsistente. Lo cual no puede por menos que acrecer todavía más el poderío de las administraciones, de los expertos, de los organismos.

3.6. ¿Es obligado concluir de este conjunto de observaciones que el poder entero pertenecerá en adelante a los expertos? ¿Es forzoso admitir la existencia de una amenaza tecnocrática? No lo creo, por una serie de razones que voy a esforzarme en analizar brevemente.

#### 4. OBSTÁCULOS DE TODA TECNOCRACIA

Los primeros obstáculos que le cierran el camino al imperialismo tecnocrático provienen, en primer lugar, de la misma naturaleza de las cosas.

4.1. Una primera observación se impone: no existen hechos demográficos, religiosos, económicos o militares (25) químicamente puros. Quiero decir hechos que no serían *más que* demográficos, religiosos o militares (de donde se deduce, por otra parte, la vacuidad de las discusiones sobre el carácter única o principalmente económico, o técnico, o sociológico, del motor de la historia).

Lo que nos fuerza a no ver más que un aspecto de las cosas son las necesidades de la enseñanza, la limitación de las facultades humanas, la incapacidad en que nos encontramos de alcanzar una aproximación global y, por consiguiente, una visión global de los hechos (26). Pero la realidad, como muy bien lo ha mostrado Francois Perroux, es muy distinta: compleja, heterogénea, cambiante, dialéctica, en movimiento, múltiple.

De ello resulta que, por definición, toda especialización tiende, en cierto modo, a oscurecer y a desequilibrar la visión del hombre, a hacerla incompleta y, por ello, parcial. Que la especialización sea necesaria no quita nada al hecho de que el especialista corre grave riesgo de estar mal escorado, «lopsided», que corre el riesgo de inclinarse de un lado o de otro, ignorando las demás disciplinas que no le afectan, despreciándolas en bloque, y ello por más que la especialización sea necesaria para conseguir el éxito científico.

De ahí se derivan los conflictos frecuentes, las rivalidades a menudo infantiles, las querellas de precedencia que enfrenta y oponen a los especialistas de

(25) Ejemplo: en la decisión aparente estrictamente técnica de bombardear la abadía de Montecasino, abundan los elementos políticos y personales. Cfr. R. BOHMLER: *Monte Cassino*. París (1959), págs. 270, 276 y *passim*.

(26) Necesidad ventajosa, por otra parte, para el especialista que, al venir a ser «el hombre de una vitrina», como decía Anatole France, tiene muchas probabilidades de convertirse en una autoridad en su ramo.

las distintas ramas, el literato al científico, el economista al sociólogo, el financiero al economista, el funcionario al experto, etc., y de que Molière ha dado en «El burgués gentilhomme» la imagen más exacta y actual (27). ¿A quién corresponde el primer lugar, al profesor de danza, al filósofo, al maestro de esgrima?

4.2. Este es el aspecto humano, puramente humano, demasiado humano, de la cuestión. Pero existe otro, que podríamos llamar técnico, que toca el fondo de la cuestión.

De que no existan hechos químicamente puros se deriva que tampoco existen situaciones tales, cuya solución, contrariamente a las constantes y cómodas ilusiones de los tecnócratas, pueda ser dictada por los hechos «independientemente de toda verdadera elección política», es decir, y en último análisis, independientemente de toda libertad. Sobre este punto tiene toda la razón el Profesor A. Pierre, al denunciar la voluntad de algunos «de abandonar al hombre, igual que un objeto, al imperialismo de las cosas» (28).

De ahí el error fundamental de las aproximaciones puramente técnicas. Por creer, siguiendo a los economistas, que el mundo subdesarrollado no era más que un fenómeno económico (siendo así que en él intervienen multitud de factores socio-religiosos, climatológicos, etnológicos, sociológicos y hasta económicos), el inmenso esfuerzo realizado por el mundo atlántico en este dominio ha dado muy pocos resultados. Lo mismo se podría decir del tecnicismo de los ingenieros y de los estados mayores (29), del tecnicismo de los legisladores y, de modo general, de todas las formas del imperialismo intelectual de los especialistas (30).

4.3. El tercer obstáculo que se opone al reino de los especialistas es el estado todavía embrionario de ciertas disciplinas nuevas de las ciencias humanas, y el estado relativamente subdesarrollado de ciertas disciplinas antiguas.

Las consecuencias de este estado de cosas son bien conocidas. Van de los errores totales de la previsión, a los errores de hecho de los expertos; de las contradicciones de los especialistas de una misma disciplina (31), a las incer-

(27) Un buen ejemplo de «Scientists at War» (*Times*, 8 de abril de 1961): la querrela H. Tizard-Lord Cherwell, tal como la ha descrito C. P. SHOW: *Science and Government*, Londres, 1961, y los artículos del profesor R. V. JONES en el *Times* de 6, 7 y 8 de abril de 1961.

(28) «Economía y Matemáticas», *Economie et Humanisme*, marzo-abril de 1961, páginas 3-16.

(29) Los graves errores cometidos por la Alemania de 1914 se debieron principalmente a instigaciones del Gran Estado Mayor. Los ejemplos de esta índole son incontables.

(30) Comprendiendo también a los especialistas de la clase a que Apele llama ya Sutor ne supra crepidam».

(31) M. A. SAUVY (*Le plan Sauvy*, París, 1960, pág. 39) cree que los métodos de

tidumbres del lenguaje en la mayoría de las disciplinas; de la simplificación teórica del dato concreto a la avalancha arrolladora de datos inutilizables (32); de la pobreza del aparato estadístico, a su muy aproximativo grado de precisión (33). Habrá que confesar que, así las cosas, es difícil conceder a los especialistas la autoridad que para sí mismos reclaman.

4.4. El cuarto obstáculo reside en el hecho de que el técnico mismo puede tener opiniones que difieran entre sí según los distintos momentos o las distintas ópticas. Ilustrando esta constatación, el profesor de Londres X. Robson hacía notar, no sin humor, que si se pudiera por azar constituir una reunión de cuatro economistas de los que formase parte el difunto J. M. Keynes, es probable que se recibieran cuatro opiniones diferentes, dos de ellas del mismo Keynes.

¿Por qué no? ¿Es acaso contrario al espíritu científico que el especialista parta de dos hipótesis, una máxima y otra mínima? ¿Que pondere de forma distinta el efecto de ciertos factores según la idea global, y por ello imprecisa y fluctuante, que tiene del porvenir? Ciertamente no. Y actuando así, permanecería dentro de los límites de su papel de experto. Lo que sería contrario al espíritu científico sería que se le confiase el cuidado de elegir entre las dos hipótesis aquella que, políticamente hablando es la única que se puede realizar.

4.5. ¿Por qué? Porque en virtud de su misma amplitud, toda macrodecisión afecta a todos los sectores de la vida social (34); porque provoca la intervención de un gran número de datos, todos ellos heterogéneos y siempre

---

análisis y de previsión han hecho tales progresos, que es posible prever «la consumación final y la transformación, en productos de base intersectoriales por la matriz». Por el contrario, M. M. ALLAIS (*L'Europe Unie, route de la prospérité*, París, 1960) estima que la técnica dirigista centralizada es, a la vez, «técnicamente imposible y políticamente inaceptable». Las razones que invoca parecen perfectamente pertinentes.

(32) En la conferencia de la paz de 1919 la acumulación y abundancia de los documentos reunidos por los expertos fué tal, que los Grandes cortaron rápidamente por lo sano, renunciando a servirse de ellos, con el resultado que de todos es bien conocido. Buen ejemplo del peligro existente en no utilizar a los especialistas, pero también de la incapacidad congénita de los especialistas para proporcionar síntesis utilizables, predigeridas.

(33) Bélgica posee tres estimaciones de la renta nacional. La diferencia entre la cifra más alta y la más baja es de alrededor del 20 por 100. Una de las tres series acusa una regresión de 1957 a 1958, mientras que las otras dos han progresado. Las mismas constataciones afectan a los índices oficiales de la producción oficial por habitante en 1960 (base 1950 = 100); la primera se sitúa en 126, la segunda en 146 y la tercera en 162.

(34) Sólo el hecho social global es químicamente puro, y eso tal como lo percibe el sociólogo dedicado a la sociología general. ¿Será preciso pensar desde ahora que se dé todo el poder a los sociólogos? Nada sería más peligroso.

contradictorios; porque implica la existencia de aproximaciones y puntos de vista técnicos diferentes y casi siempre opuestos entre sí; porque, por definición, y a menos de caer en el «josefinismo» de los déspotas ilustrados, debe, además, tener en cuenta una multitud de elementos afectivos, irracionales e imprevisibles (35); porque la historia gravita con todo su peso sobre la decisión; porque las ideologías y las *Weltanschauungen* de los partidos (que son también hechos) intervienen de una forma tal que, por mucho tiempo, no será ponderable, ni «matematizable», pese a la matematización creciente de los procesos de decisión, el empleo de calculadores electrónicos y el perfeccionamiento —inquietante— de las técnicas de condicionamiento social (36).

¿Quién, en estas condiciones, está habilitado para tomar esta macro-decisión, de naturaleza distinta de todas las otras decisiones, pues por ser global es al mismo tiempo particular, específica?

Ciertamente, ninguno de los especialistas de las técnicas implicadas en la macro-decisión, pues toda técnica lo es de algo particular; sino con toda evidencia, el político, experto, técnico y especialista de la cosa pública (37) cuyo papel, como muy justamente hacía notar Bertrand de Jouvenel en el Congreso, es, precisamente, resolver los conflictos que, precisamente por ser insolubles desde el punto de vista técnico, reclaman su competencia, y no los problemas que pertenecen al dominio de los técnicos.

El grado de competencia técnica del político no tiene, pues, ninguna importancia, y hace falta una buena dosis de ingenuidad para esperar resolver, como ciertos congresistas esperan resolver, los problemas que suscita la dialéctica del político y del técnico, especializando la política y politizando la técnica ¡hasta que se encuentren!

Lo más importante no es que el legislador sea en alguna materia o de alguna forma un técnico; lo importante es que sea un político advertido (38),

(35) Producto de las «conductas sociales efervescentes, novadoras y creadoras» de que tan bien habla G. GURVITCH en *La Vocation Actuelle de la Sociologie*. París, 1950, páginas 81 y sigs.

(36) J. MEYNAUD: «¿Qué es la tecnocracia?», *Op. cit.*, págs. 497-526; «El cálculo racional», *Op. cit.*, págs. 27-28.

(37) Me siento inclinado a compartir la opinión del senador P. Vermeylen, actualmente ministro de Justicia, cuando escribía: «El parlamentario es necesariamente un incompetente, en el sentido de que es ajeno a las técnicas sobre las que sus votos ejercen su influencia.» «El Parlamento», *Res Publica*, 1961, núm. 1, págs. 3-13.

(38) Y por ello, fatalmente profesional. Ni hay grandes «pintores de domingo», ni grandes políticos *amateurs*. De ello se deduce la composición por profesiones de los grupos políticos. De los 77 parlamentarios socialistas de la Cámara, en 1950, 21 eran funcionarios y empleados, 13 dirigentes de sindicatos y de mutualidades, 12 abogados, 9 periodistas, 3 obreros (frente, y es el hecho característico, a los 19 obreros de 1928), maestros, profesores, etc. Ni un ingeniero, ni un arquitecto, ni un alto técnico. Algunos dicen

un buen legislador (puesto que su «especialidad» es hacer la ley) y un hombre capaz de ordenar —según premisas de orden político— de ponderar —según criterios políticos— y de jerarquizar —según puntos de vista políticos— el conjunto de datos que le son proporcionados por los otros especialistas y dar a la nación la solución —política— que espera de él. En estas condiciones es vano querer despolitizar problemas que, por naturaleza, por definición y por esencia son políticos (cf. 6.8).

4.6. Existe, pues, una racionalidad específica de la política que reclama el arte específico del político, y la observación, específica, del estudioso de la política (39).

Pero «racionalidad» no significa en este caso ni objetividad científica, ni tecnicidad absoluta.

En primer lugar, es inútil querer «despasionar» los problemas políticos en un régimen como el democrático, que habla el idioma de la pasión, necesariamente, y hace sufrir a los hechos simplificaciones extremas y extremas distorsiones.

Además, la ciencia política misma tiene sus límites. Se definen, por una parte (4.3), por el grado mismo de su progreso, y por otra, por la naturaleza misma de la entidad que constituye el objeto de su reflexión, que no deja a nadie indiferente o neutral. De hecho, existen muchas situaciones en la vida social en que no compensa utilizar la lucidez del especialista, en que las masas, la sociedad entera y aun los mismos especialistas necesitan su ración de mentiras e ilusiones, como muy bien lo ha demostrado A. Sauvy. Situaciones en que el encaramiento objetivo del problema suscita un terror sagrado del que Maquiavelo no ha dejado de ser el símbolo (40).

La ciencia política está enteramente tejida de problemas al rojo vivo que jamás podrá abordar con una óptica íntegramente científica. Pensemos, por ejemplo, en un análisis psico-sociológico de los dirigentes políticos o sindicalistas, que comprendiera el estudio de sus complejos, de sus antecedentes fami-

---

que ello es una situación dramática. No; la situación es normal; sólo los profesionales de la política, sin gran formación de otra clase, hacen política. Es la política la que los cualificará llegada la ocasión.

(39) De ello se deduce el carácter específico de la ciencia política, «disciplina-encrucijada, que utiliza, según una óptica particular, el conjunto de datos elaborados por una serie muy variada y muy numerosa de disciplinas». L. MOULIN: «Método comparativo en la ciencia política», *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionnelle*. Paris, núm. 1-2, 1957, págs. 58.

(40) Y lo mismo podría decirse de las teorías de M. Bouthoul sobre la guerra y la superpoblación, si la conciencia contemporánea no hubiera aprendido muy bien a esca-motearse los problemas desagradables.

liases, de su Q. I., de su vida sexual, de sus ingresos, etc. (41). ¿Quién podrá negar el interés que hay para llevarlo a cabo? ¿Y quién se atreve a alimentar la ilusión de que nunca jamás llegue a hacerse?

Está claro: el tecnicismo tiene sus propios límites, internos y externos. «Despolitizar» no puede querer decir, en el mejor de los casos, sino la voluntad de arrancar tal o cual cuestión a su ganga de querellas, de segundas intenciones y cuidados políticos, para confiarla a los políticos, y, si por acaso los hay, a los hombres de Estado. La palabra no implica, de ninguna manera, la posibilidad de abordar la cuestión con puro espíritu científico.

4.7. Porque los problemas económicos, militares, demográficos, etc., llevados al estado de incandescencia que implica su acceso a un cierto nivel, dejan de ser puramente técnicos para convertirse en políticos, y a veces, desgraciadamente, en «politiqueos», es por lo que los ministerios técnicos, el recurso a los ministerios técnicos, se salda casi siempre con fracasos técnicos y, a la vez, políticos.

Provistos de más espíritu geométrico que de espíritu de finura, intelectualmente arrogantes, seguros de sí mismos, los ministerios técnicos se han mostrado casi siempre políticamente torpes e incapaces de controlar su administración.

Oficiales colocados a la cabeza de la defensa nacional, banqueros dirigiendo el departamento de las finanzas, arquitectos o empresarios pilotando los trabajos públicos, su situación ha sido siempre ambigua, por no decir algo peor. Es preciso todo el *bon sens* miope de Voltaire para creer que un «calculador» vale más, en todo caso, que un «danzante». Pues el «calculador» puede ser interesado, lo es casi por naturaleza, mientras que el «danzante» puede tener una gran habilidad para aprender nuevos oficios.

Y además, desde el momento en que los técnicos han gustado del poder, están tan inclinados como los que no lo son a politizarse (y a veces en el peor sentido de la expresión).

Un fracaso en toda la línea. Cuando no ha habido tal fracaso ha sido, o bien porque estos hombres habían sido elegidos y delegados por los políticos para tomar medidas impopulares (por ejemplo, una devaluación, o el alargamiento del servicio militar, etc.), y no teniendo, en principio, ambiciones políticas, estaban dispuestos a sacrificar un «porvenir» político, por demás inconsistente (pero no se puede pedir decentemente a los «apolíticos» que se conviertan en ministros para que se encarguen de los menesteres sucios), o bien porque, gozando del privilegio de la estabilidad, nadie tenía el deseo de ocupar su sitio, al menos de momento (pero la cualidad de estos ministerios técnicos

---

(41) Y que de hecho se hacía en el fondo de esta *boutade* del *Economist*: «It is now known... that men enter local politics solely as a result of being unhappily married.»

se desprendía más de esta relativa estabilidad y de esta relativa independencia que de su «tecnicidad»; cualquier otro político, situado en circunstancias parejas, hubiera actuado tan bien, si no mejor que ellos, como se ha visto claramente en Francia).

## 5. LÍMITES HUMANOS Y SOCIALES DE TODA TECNOCRACIA

Para el establecimiento de una tecnocracia no sólo hay obstáculos técnicos: los hay también de índole humana y social.

5.1. Hay que señalar en primer lugar el hecho de que el especialista no es nunca jamás neutro ni apolítico. Es ésta una ilusión muy extendida en los medios técnicos, que mantienen con agrado los políticos que gustan de ser los únicos que cultiven el jardín de la cosa pública. Pero que no resiste la crítica. Pues en realidad todo especialista ha optado, aunque sólo sea a título de ciudadano, por tal o por tal otra filosofía política que se inserta en su visión del mundo, por este o aquel método político que casi siempre responde al espíritu racionalista, o empírico, o experimental, de su propia disciplina.

Los especialistas están, pues, politizados, lo quieran o no. A veces de un modo profundo, incluso. Basta, para convencerse de esto, observarlos en períodos de supertensión social, en guerra, ocupación, revueltas, huelgas violentas, torbellinos políticos de alguna importancia. Se constata entonces hasta qué punto su «apoliticismo» no era sino una máscara (*Prodeo larvatus*) que escondía una adhesión tácita o inconsciente a cierta visión política de las cosas. Hasta qué punto las pasiones más locas y elementales afloran en esos hombres que se dicen científicos y objetivos, y les inducen a tomar partido con la más extrema arrogancia y la subjetividad más perfecta, fuera de toda particular competencia y sin el más mínimo cuidado de documentarse.

El especialista está pues, siempre, más o menos politizado, dígase lo que se quiera. Sólo su ignorancia profunda de las exigencias de la cosa pública, que confunde con la «política», y su hostilidad latente respecto a los políticos, que encarnan a sus ojos un tipo humano situado en los antípodas del que el mismo es, quiere y cree ser, pueden hacerle pensar que es apolítico. De hecho, el apoliticismo, la voluntad de despolitizar los problemas del Estado, no son, a menudo, sino manifestaciones embrionarias y torpes de una actitud política bien definida, subyacente al tecnicismo de los propósitos y del trabajo profesionales (42), actitud que consiste en confundir, voluntaria o involuntariamente, los compromisos de la vida política (con frecuencia lamentables, hay que reconocerlo) con las altas e ineluctables exigencias del gobierno de los hombres.

---

(42) Cuando no participan de la ilusión mentada en el párrafo 4.

5.2. Esto por lo que respecta a los especialistas que se creen y se quieren «apolíticos». Por lo que respecta a los otros que conscientemente y por impulso de su conciencia han optado por una de las filosofías políticas que se reparten el mundo, que están a la vez comprometidos y politizados, sus fidelidades sentimentales, pasionales y dialécticas a ciertas consignas, su apego al partido de su elección, si no llegan incluso a *la traison des clerics*, cosa que no siempre sucede, su integración en sindicatos u otros grupos de presión no son hechos que establezcan precisamente su prestigio, si siquiera a los ojos de aquellos a quienes sirven (cf. 6.3). No es, pues, por este lado por donde surgirá un peligro de tecnocracia.

5.3. Pero existe, no obstante, una tercera especie, fruto del cruce del experto apolítico y del experto comprometido: es la de los expertos que gravitan en torno a los núdulos de las grandes fuerzas sociales, pero sin integrarse completamente en ellas.

Este tipo híbrido sueña con acumular las cualidades del especialista y las del militante. Competente en grado suficiente como para parecer indispensable, podría ser no obstante lo bastante independiente para poder oponerse, llegado el caso, a ciertas opciones puramente políticas. Demasiado comprometido por estar en la corriente del pensamiento del partido que le hace ser elegido, se mostraría demasiado apolítico para tener un verdadero sentido del Estado.

Tantas exigencias contradictorias y algunas otras que sería demasiado largo enumerar, no facilitan precisamente el descubrimiento de un hombre de este género. Pero suponiendo, por hipótesis, que existiese, ¿se puede creer que en un régimen tan profundamente politizado como el nuestro (y la evolución en este sentido es irreversible) este especialista nombrado por un partido a causa de los servicios prestados en ese partido, podría jamás, puesto al servicio de una política de la que el partido hubiese definido las razones, los objetivos y los medios, ser otra cosa sino el representante del partido? (43). ¿Puede, por otra parte, creerse que, nombrado gracias al partido, estaría en condiciones, llegado el momento, de mantener las distancias respecto a él, de conservar su libertad de espíritu y su objetividad profesional, de practicar, en suma, una suerte de fidelidad incondicional pero con eclipses hacia ese partido? ¿Puede

---

(43) El programa de la F. G. T. B. (1954), afirma resueltamente que el alto comisario del Crédito debería ser, no una personalidad política que participase en las responsabilidades de las decisiones del partido, sino más bien un técnico en cuestiones financieras. El técnico en cuestiones financieras que ha escrito esta frase da muestras de una gran ingenuidad si cree que un puesto de esta importancia podría ser ocupado por un técnico apolítico. Especialista de gran clase, pero muy señalado políticamente, aquí hace, de hecho, un acto de candidatura política. Cfr. L. MOULIN: «Condiciones políticas previas a todo programa económico», *Revue politique et parlementaire*, diciembre 1956, páginas 392-405.

creerse, en fin, que no produjeran estas proposiciones, a los ojos de los técnicos del otro bando, el tufillo de la politización (suponiendo incluso que no fuera éste el caso) y que no serían eminentemente sospechosas? Supongamos ahora que un experto en problemas económicos, por poner un ejemplo, ve desarticulado su plan por una decisión política y aun, cosa que no debe excluirse, de pura politiquería; o que a un gobierno planificador suceda una mayoría poco favorable al principio de la planificación (pues la continuidad, en regímenes democráticos, es rara); o, en fin, que el experto nombrado por los sindicatos entre en conflicto con los expertos nombrados por el ministro de Asuntos Económicos: ¿qué sucederá entonces?

Si el político acepta, reconoce que las exigencias de la planificación son hasta tal punto irrecusables, que ni una decisión política, ni una nueva mayoría, nada podrían modificar en ellas, entonces se trata de tecnocracia pura y simple. Si el político cede a las injerencias de los sindicatos, se trata de una abdicación del poder ejecutivo ante las exigencias de un grupo de presión. Y si el político, razonando a base de razones políticas (e incluso de politiquería, cosa que tampoco ahora debemos considerar imposible), opta por una solución política que no integra, por consiguiente, la solución de los especialistas (o que la modifica de cabo a rabo), nos encontramos ante una situación que podríamos llamar clásica: el gobierno se sale con la suya, con todas las consecuencias que se deducen de semejante victoria, especialmente la eliminación de los expertos.

Concluyamos: en el estado actual de las cosas, y por mucho tiempo en el futuro, la especie «experto político-apolítico» será imposible de hallar. Y de ser hallada, su destino político no sería demasiado envidiable.

5.4. Admitamos no obstante, por hipótesis, que exista un especialista que no esté comprometido, ni politizado inconscientemente y que no pertenezca a la clase híbrida. Quiero decir: que sea tan neutro, tan incoloro, como podría serlo un odontólogo cuyas últimas raíces intelectuales no se agarraran en ningún terreno político.

¿Se hallaría cualificado para hablar de ciertos problemas de su competencia? Sin duda alguna. Pero, por este simple hecho, ¿quedarían desmontados y despolitizados los problemas? Ciertamente que no, y sabemos las razones (4.5). Pero no es ésta la cuestión. La cuestión está en saber si, a causa de su competencia, gozaría de una audiencia particular. Parécenos que en modo alguno, y esto por diversas razones. La primera, y sin duda la más importante, es que su escala de valores (verdad, objetividad, ciencia, universalidad, etc.), sus técnicas particulares (a base de especialización, de profundización, de inserción o ausencia de tiempo en sus procesos intelectuales), su voluntad de escapar de lo normativo, le colocan necesariamente en conflicto con

las exigencias pragmáticas, el moralismo, la inmediatez de la sociedad y del Estado.

Autoridad tampoco tiene mucha, y es poca, en última instancia cuando se hace estrictamente necesario. Pero esta misma necesidad es irritante para los que la sufren, para el innumerable número de los que la sufren.

5.5. De ello se deduce la ambigüedad del estatuto social del experto: es el de un hombre al que nadie niega la autoridad (técnica) y a quien todo el mundo está acorde en negar o limitar el poder (social). El caso más típico es sin duda el de los médicos, que conocen las alternativas más extremas: confianza total en caso de enfermedad, denigración en caso de fracaso (fatal), ingratitud en caso de éxito. Movimiento que, de otra parte, se inserta en una crítica generalizada de los médicos y de la medicina, y cuya forma más aguda es seguramente la amplia aquiescencia de parte de la opinión pública al principio de organización de un Servicio Nacional de Salud Pública. Pero estos flujos y reflujos se encuentran en el caso de todos los especialistas y sobre todo en el de los economistas y de los expertos en estadística.

Los términos mismos que se emplean para designar las formas en que se acude a los expertos indican demasiado bien el lugar que ocupan en la escala de los prestigios: se «recurre» a ellos, se les «utiliza», se les «consulta». Términos todos ellos que subrayan el carácter pasivo, de «empleado», de los especialistas, y, al mismo tiempo, los límites reales de su autoridad ante las *élites* intelectuales, sociales y mundanas, y también ante la opinión pública.

Este estado de opinión es antiguo. A San Benito, que toma para su regla el viejo precepto del Eclesiastes que dice «*Omnia fac cum consilio*», la sabiduría de las naciones le responde: «Los consejeros no son los que pagan», o, según la expresión típica, «*la nuit porte conseil*», la noche es la que aconseja. Subrayémoslo: la noche, esto es, la reflexión personal y no la opinión ajena. Y le recita la fábula *El molinero, su hijo y el asno*. En cuanto al término «tecnócrata», su prestigio, si jamás tuvo alguno, ha decaído en Bélgica, en el curso de los años que precedieron a la guerra del 40, a causa de la aventura de un diputado particularmente excéntrico que adoptó el vocabulario y el programa de la tecnocracia y que para hacerse elegir saltaba a la comba por las calles de Amberes. Consiguió ser elegido por dos veces consecutivas, más a causa, ciertamente, del constante antiparlamentarismo de los naturales de Amberes que en mérito a sus prendas y a su actuación.

5.6. Muchos otros obstáculos se oponen todavía a que los expertos se conviertan nunca en ese grupo vencedor y coherente que Burnham creía poder descubrir en los Estados del presente: la diversidad de sus disciplinas y las rivalidades que de ello se siguen, la diversidad de sus respectivos estatutos, las grandes diferencias en los ingresos, la falta de homogeneidad social, su respeto con-

génito del orden y de la jerarquía, su espíritu de *organization man*, su inserción en grupos necesariamente muy importantes, sólo porque están en condiciones de ser utilizados por esos grupos, en cuyo seno son definitivamente minoritarios; el hecho de que sirvan en grupos rivales, que los hace entrar en conflicto a unos con otros; el control social poco benévolo que se ejerce sobre ellos, y muchas otras razones, se oponen a ello (44).

No llega a adivinarse, dadas esas condiciones, cómo y con qué presupuestos podría producirse la toma de conciencia que daría ocasión a una conquista del poder por la tecnocracia.

Incluso aunque, como parece más probable, continúe creciendo el número y la importancia de los técnicos en los años venideros, y por muy puramente técnica que nuestra sociedad se haga, es, por el contrario, poco probable que esos técnicos lleguen jamás a controlarla.

Pero ya que les falta conciencia de clase o de clan, ¿tienen por lo menos espíritu de cuerpo? En Bélgica al menos, no se encuentran huellas de semejante cosa, sino en ciertos grupos de carácter muy restringido, los inspectores de finanzas por ejemplo, que, por otra parte, están profundamente divididos entre sí, tanto desde el punto de vista político como «racial», como desde el punto de vista lingüístico. Existe también el clan de los «psicotécnicos», de los servicios «O y M», etc. De momento no son demasiado temibles.

En cuanto a la investigación operacional, no está ahora sino en sus comienzos y no parece que esté en condiciones, de momento, de controlar absolutamente nada.

## 6. LAS RESISTENCIAS EXTERIORES A TODA TECNOCRACIA

Pero más todavía que los obstáculos técnicos y sociales y las limitaciones de los hombres, lo que contribuye sobre toda otra cosa a contener los poderes y la autoridad de los especialistas es la oposición de los gobernantes y de la Administración, la de los partidos y de los sindicatos, la de los grupos de presión y de las clases sociales; todos ellos apoyan el «anticléricalisme» unánime de la opinión pública.

6.1. La oposición de los gobernantes y de los políticos no es nueva. Constante y general, toma las formas más diversas: una desconfianza radical de los poderes civiles respecto a los militares (como sucedió en el caso de Hitler, que no tenía confianza en sus generales, pero que se encuentra en todos los

---

(44) H. JANNE: *Sociologie Générale*. Bruselas, 1960, págs. 248-252. J. MEYNAUD: «¿Qué es la tecnocracia?». Op. cit., págs. 524-525.

regímenes (45) y en todas las épocas); una cierta desenvoltura respecto a la «Intendencia» de los economistas y de los financieros. llamados para ir, de una forma u otra, a remolque de los políticos (46); un gran número de bromas ya de carácter clásico, si bien eminentemente ridículas, como ha mostrado muy bien Jean Fourastié, sobre las estadísticas y el uso de las estadísticas; el desprecio de Federico II por los historiadores encargados de legitimar, después de realizadas, sus empresas, etc.

La oposición puede variar de intensidad según los grupos; la oposición es por naturaleza más viva en los grupos legislativos, que corren el riesgo de ser desposeídos de sus facultades, que en los grupos ejecutivos, que siempre pueden hacer rebrotar un retoño de autoridad en los consejos de especialistas.

Mas sea la que sea la amplitud de estas variaciones, la oposición subsiste, abierta o latente, adormecida o aguda.

¿Cómo explicar esta «dialéctica» espontánea del técnico y del político? ¿Por desconfianza de los hombres que saben por experiencia que el técnico es capaz de matizar políticamente una decisión puramente técnica a fin de hacerla adoptar por los gobernantes, pero que, a su vez, no se sienten capaces de clarificar, por las causas que sea, ese género de proposiciones ambiguas? Sin duda. Se han visto casos de ello en el Congreso.

¿Por la reacción natural de los «hombres fuertes» y de los «realistas», que alimentan un mayor respeto hacia el poder que hacia el saber? Evidentemente sí.

¿Por la sospecha innata que los representantes de una opinión pública espontánea y ferozmente «anticléricale» (6.6) sienten hacia todo lo que sobrepasa su entendimiento, y aun es esto decir poco? Es perfectamente probable.

Pero también, e iré más lejos, sobre todo, por la oposición natural de los puntos de vista y los métodos, ineluctablemente diferentes, por ser especializaciones diferentes (cf. 4.5), y por consiguiente diferentes incluso cuando los intereses (y es ésta la palabra más vaga de la lengua francesa) no son, a su vez, diferentes. De donde surge, en el político, un sentimiento de desconfianza, y en el especialista, un sentimiento de frustración. Y como compensación última de estos estados de ánimo: antiparlamentarismo expreso o implícito de los técnicos y hostilidad de los parlamentarios hacia los especialistas.

(45) Es bien conocida la expresión de Clemenceau «la guerra es una cosa demasiado seria para dejar que la hagan los generales». Refleja bien claramente la desconfianza de los civiles respecto a los técnicos militares.

(46) No obstante, existen casos de decisiones técnicas escrupulosamente adoptadas y observadas por los políticos, tales como las de saneamiento financiero, tomadas en 1944 a propuesta de un gran técnico en finanzas, político y gran hombre de Estado: C. Gutt. En ellas está el origen de la espectacular recuperación de Bélgica en la postguerra. Pero, a pesar de todo, se trata de uno de esos «sucios asuntos» de que se habla en 4.7.

Todavía otra causa de oposición entre ellos: el recelo, la envidia instintiva del Parlamento hacia toda clase de poderes colaterales, aun especializados (tales como el Consejo Central de Economía y la Comisión Nacional del Trabajo en Bélgica) que no hayan de ser controlados estrictamente por él. De ello se deriva el fracaso constante de las reformas propuestas en este sentido, y también, de una forma general, las dificultades que experimenta el Ejecutivo para integrar orgánicamente en sus estructuras y aprovechar al máximo los servicios de estudio de que tiene necesidad.

Otra razón, para acabar: llegados al poder, los políticos se ven constreñidos a recurrir a especialistas (de la Administración, de los Servicios de Estudio) que, en su mayor parte, ya ellos lo saben, están «comprometidos», politizados (51). No teniendo sino una confianza mitigada en su lealtad política, los políticos se ven obligados a consultar a otros expertos igualmente «comprometidos», pero en el mismo sentido en que lo está el político que les consulta. Pierre Laroque lo ha demostrado admirablemente (47). Magro triunfo de la tecnocracia, pues no se consulta tanto al hombre de ciencia cuanto al «partisano» fiel...

Durante este tiempo, los expertos del enemigo, relegados a una cierta inacción, murmuran amargamente contra la política y los políticos del momento y proveen a la oposición de los elementos que se acumulan en sus «dossiers» y en sus interpelaciones. Como última consecuencia, decrece el prestigio de los expertos y de los Servicios de Estudio, y la confianza de los gobiernos en ellos se hace cada vez más tibia.

6.2. Hay otro grupo social que opone igualmente una tenaz resistencia a las empresas de la tecnocracia: es la Administración. Desde el punto de vista sociológico la Administración es a la vez un *lobby* (48), una corporación segura de sus derechos y de sus prerrogativas, actuando como grupo de presión autónomo; un cuerpo más o menos politizado (49): pero también y sobre todo, un organismo estructurado y especializado que posee una cierta maestría en las técnicas y en el derecho administrativo. Según expresión de J. Meynaud, se trata de una «tecnocracia de funcionarios» (50). De técnico de las ideas generales, añade A. Molitor (51).

A nosotros nos interesa este último aspecto. En tanto que grupo de especialistas, la Administración se encuentra, efectivamente, en estado de rivalidad

(47) Y a reforzar desmesuradamente los efectivos de sus Gabinetes para suplir los desfallecimientos y la mala fe (que puede llegar hasta el sabotaje) de la Administración.

(48) «La Administración en su conjunto funciona como un *lobby*.» J. MEYNAUD: *Les groupes de pression*. P. U. F. París, 1960, pág. 36.

(49) J. MEYNAUD: Op. cit., págs. 97-99.

(50) «Administración y política en Francia». *II Politico*, 1959, núm. 1, págs. 1-32.

(51) En el informe presentado a este Congreso.

permanente con los otros especialistas, y ello por dos razones principales: la primera es a causa del *décalage*, de una amplitud frecuentemente aterradora, que existe entre el estado de avance y de adaptación de sus métodos y los de otras disciplinas; la segunda, su voluntad celosa —humana, demasiado humana— de conservar intacto su propio terreno de caza.

Esta actitud le hace estar siempre en conflicto, y no sólo con sus propios expertos y especialistas, a quienes hace el reproche, pocas veces formulado pero no por ello menos sentido, de ser universitarios, gente de fuera de los escalafones, teóricos, «parachutés», etc., sino también con los expertos de los sindicatos, grupos de presión, partidos, etc., comprometidos y politizados; con los gobernantes y los gabinetes ministeriales, esas «bestias negras» de la Administración (la recíproca es, asimismo, verdad); con los técnicos de los medios o sectores nacionalizados o paraestatales, que escapan, por definición, a su imperialismo conquistador; y, ocasionalmente, con los técnicos de los organismos supranacionales; pues el temor de quedar «obstruidos», y perder una parte más o menos importante de su autoridad, y también (debilidad bien humana), el sentimiento de envidia ante la nueva aristocracia de los «Caravelle» y de los «Boeing», explica muchas cosas.

6.3. Si se añade que la Administración vive en estado de conflicto permanente con la prensa y la opinión pública, que no alcanzan a influir en ella, se constatará que, de hecho, la omnipotencia del aparato administrativo y su competencia para tomar decisiones que se imponen a toda la comunidad, es tan limitada como los poderes de los Príncipes del *Ancien Régime* que, en la práctica resultaba, como es bien sabido, muy pequeño.

Un último factor contribuye, todavía, a entorpecer el impulso conquistador de esta particular tecnocracia que es la Administración: es el hecho de que ella misma se encuentra dividida por rivalidades intra-administrativas de toda especie. Estas rivalidades oponen no solamente los servicios técnicos (obras, ejército) y los servicios de estudios (económicos, estadísticos, jurídicos, etc.) de la Administración, a los servicios puramente administrativos, por lo menos a aquellos que preparan los elementos de las decisiones fundamentales, sino las mismas opiniones de los ingenieros a las de los financieros (a las de los especialistas en las finanzas públicas) y todo ello, a los puntos de vista, más amplios y a más largo plazo de los economistas y de los planificadores; y, de un modo general, los servicios «gastadores» a los servicios cuya misión es frenar, y a los servicios de control.

Conclusión: Por muy poderosa que sea la Administración en el Estado moderno, todavía está muy lejos de ser la potencia tecnocrática absoluta, verdadero espantapájaros de nuestro siglo. Está muy lejos de ello, pues en los días que corren es de desear más peso y más autoridad.

6.4. Otra forma de oposición alza todavía sus estandartes y barricadas contra la omnipotencia de los especialistas: es la del aparato directivo (gobernantes y burocracia) de los partidos políticos y de los sindicatos.

Cierto que los partidos y los sindicatos, a diferencia de los otros grupos de presión, utilizan en nuestro tiempo, y cada día los utilizarán más, a expertos e «intelectuales». ¿Cómo prescindir de ellos? ¿Cómo redactar sin ellos los programas electorales, constituir y estudiar los medios de acción y de propaganda, prever el momento más favorable para desencadenar una huelga, negociar con los especialistas de las organizaciones patronales y estatales, responder a las argumentaciones del adversario y de los contrincantes del Parlamento, o de la prensa, siendo así que, frecuentemente todavía, «la competencia pertenece a la derecha?» (R. Lemoine).

Sin estos especialistas, ¿cómo tomar oportunamente la iniciativa de las decisiones fundamentales que será preciso «soplar», inspirar o imponer a la Administración? ¿Cómo construir los planes a largo plazo, cómo trazar las reformas estructurales, cómo definir los objetivos lejanos, bases indispensables del prestigio de los políticos, sin la ayuda de estos «universitarios», que saben tantas cosas y las dicen con un lenguaje tan científicamente incomprensible que arrebató el éxito?

«Se puede prever, escribía ya en 1911 R. Michels, que las organizaciones obreras *se verán obligadas* (el subrayado es mío) a renunciar al exclusivismo proletario y a dar la preferencia a individuos dotados de una instrucción superior.» Y añadía, refiriéndose a los institutos de estudio destinados a proporcionar al partido los funcionarios de que tenía necesidad: «Contribuyen ante todo a crear *artificialmente* (ídem) una élite obrera, una verdadera casta de principiantes, de aspirantes al mando de las tropas proletarias. Así se ensancha, sin querer, más y más, el foso que separa a los dirigentes de las masas.»

Cito estos dos pasajes porque ilustran de maravilla lo que he llamado la ambivalencia del estatuto social del experto. Los universitarios, sus escuelas y su lenguaje son, sin duda alguna, una necesidad; pero el «exclusivismo proletario» (la expresión refleja muy bien la época en que fué escrita) los acoge con desagrado, con desconfianza, porque temen que acentúen todavía más la tendencia de las fuerzas en juego hacia un sistema o aparato directivo necesariamente oligárquico.

Desconfianza tanto más curiosa si se considera que todos los líderes eran (y todavía lo son) «burgueses» e «intelectuales». Pero cierta y tenaz: para todo marxista de la «estricta observancia», los «profesores», los abogados bien pagados, los escritores de moda, los directores de fábricas y de industrias (N. Bujarin, *op. cit.*, pág. 91), los «pequeños intelectuales y los pequeños funcionarios» (ídem) son necesariamente los defensores de la burguesía capitalista (en

otros tiempos se decía los «lacayos») y se sitúan más cerca de ella que del proletariado. Karl Marx no tiene indulgencia más que por los «ideólogos burgueses» que «a fuerza de trabajo (como se ve, la cosa no es ni fácil ni espontánea) se han elevado a la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico» (¡y quién sabe lo que esto querrá decir!). Y Lenin no da un juicio favorable sino a los intelectuales que se han convertido en especialistas del pensamiento y de la acción revolucionarias, y de las técnicas del «golpe de Estado» (y en este caso solamente).

Para convencerse de que esta desconfianza y éste desdén son todavía moneda corriente, basta, por ejemplo, con abrir un periódico como *La Gauche*, que representa en Bélgica una de las facciones obreristas del partido socialista (re-dactado, no hay ni que decirlo, principalmente por «intelectuales»). Allá se encuentran, sobre todo en «el rincón de los lectores», esas invectivas en las que tan bien se olfatea el tufillo sindicalista de fines del siglo pasado, contra las «fechorías de los intelectuales» (E. Berth): su lenguaje esotérico, su pensamiento a veces tan alejado de los *slogans* habituales, sus «parachutages» pre-electorales, su arrivismo, etc., son denunciados allí regularmente.

Las razones de esa desconfianza las conocemos; son las que limitan en toda ocasión la audiencia y la autoridad de los especialistas (6.6). A lo cual se añade, en los partidos de izquierda y en los sindicatos, el recuerdo siempre vivo de los grandes intelectuales, que se aburguesaron demasiado rápidamente, o se pasaron al enemigo con armas y bagajes; o de los demasiado e incurablemente débiles o dubitativos, por ser incurablemente inteligentes, o, simplemente, «diferentes». Pero el aparato de gobierno y la burocracia de los partidos y los sindicatos no experimenta ninguna dificultad en utilizar a los expertos y a los «intelectuales, pero apartándolos al mismo tiempo, en ocasión de los «Polls» electorales, de las sendas del poder, o no aceptando sino a aquellos que, habiéndose politizado más profundamente, a veces en el sentido puro del término, han dado prueba suficiente de conformismo.

La directiva de los partidos sabe, por otra parte, que más allá de las opiniones más cualificadas de las mejor establecidas autoridades científicas, que más allá de eso que se llama a sí mismo, sin creer demasiado en lo que dice, la «democracia gobernante», se extiende el campo de acción de «su» democracia, la democracia activa y militante, que no escucha, y no comprende demasiado a los sabios y a los moderados (52). Sabe que esta democracia está en sus

---

(52) Por las razones analizadas en 3. La ceremonia de presentación al pueblo de planes y programas elaborados por los técnicos está, en la actualidad, tan desprovista de significación real —no digo «simbólica»— como la presentación, en la actualidad, del Soberano Pontífice recientemente elegido al pueblo fiel con las aclamaciones consiguientes. Aquí también el «latín», económico o sociológico, crea, naturalmente, una enorme separación.

manos y que jamás caerá en las débiles manos de los intelectuales. Puede por ello recurrir tranquilamente a los expertos; pues no teme que su fin y su razón de ser, el poder, se le vaya jamás de las manos. Sabe también que si por ventura un día el poder pareciera ir a parar a manos de los técnicos, bastaría entonces con poner en juego, a toda potencia, el viejo reflejo de clase (6.8), para demostrar, una vez más, que la República no tiene necesidad de sabios. Y los Condorcet, los Lavoisier y los Chenier del siglo XX, desaparecerían tragados por la trampa de la Historia.

6.5. También tiene contra sí la tecnocracia, que es una potencia «potencial», la desconfianza de una «potencia real», la de las clases poseedoras, la de las clases medias (53) (en el sentido restringido del término, artesanos, pequeños comerciantes, pequeños industriales: lo que Marx llamaba en el Manifiesto Comunista «die bishering Kleinen Mittelstände»), y también los grupos a base de prestigio social, intelectual, artístico, etc.

¿Por qué? Pues porque, evidentemente, la autoridad creciente de los especialistas amenaza el poder social de estas capas de la población, porque tiende a limitar su autonomía económica (pensemos, por ejemplo, en las clases medias anárquicas e individualistas, que vigilan desconfiadamente la organización y la racionalización, caballos de batalla de los técnicos). Todo ello ha marchitado agudamente la aureola que nimbaba a ciertas profesiones. Pensemos en la pérdida de prestigio que ha sufrido la profesión de abogado considerada, equivocadamente, como ejemplo de «no especialista» característico, en relación con otras profesiones como la de ingeniero o economista; o en el retroceso del médico familiar llamado ahora, despectivamente, «médico de barrio», en relación con el especialista. Ello explica las reacciones y aun rencores, a veces, de estos grupos sociales hacia los técnicos y hacia el principio mismo de las supremacías técnicas.

6.6. Último obstáculo, en fin, a la omnipotencia eventual de cualquier tecnocracia, obstáculo el más sólido sin duda y el más irreductible por ser el más difuso de todos y por reunirlos en sí a todos, y «en el que todos los demás se fundan», de una forma u otra: lo que yo llamo el «anticlericalismo» de la opinión pública. ¿De qué se trata, como decía el general alemán Verdy du Vernois? (54).

Pues bien, de ese sentimiento de no disimulada hostilidad hacia los intelectuales («Clercs») del que se encuentran tantas manifestaciones en la Edad Media cristiana. Hostilidad de la burguesía naciente contra los que exigen diezmos

(53) Sobre la oposición de las «clases medias» y de los agricultores independientes, cfr. J. BILLY: *Les Techniciens et le pouvoir*. París, 1960, págs. 14 y sigs.

(54) Y no el mariscal Foch, que había tomado de él esta interrogación clarificadora. Cf. V. MONTEIL: *Les officiers*. París, 1958, pág. 34.

y respeto; hostilidad de los príncipes hacia los que limitan y contrapesan su poder; hostilidad del ignorante hacia los instruídos que le abruman con su desprecio; hostilidad de los gregarios hacia los que son diferentes, los eruditos, los alquimistas, los monjes, los artistas, todos ellos fácilmente sospechosos de herejía, de brujería, de relaciones con el maligno, y tratados como tales.

Este sentimiento de «anticléricalisme», del que se encuentran huellas a todo lo largo del curso de los siglos, se manifiesta todavía, bajo mil formas distintas, en la sociedad del presente. La malignidad popular, y tal vez no sólo popular, definió así al politécnico: «un hombre que sabe de todo y de nada más». Y al especialista: «un hombre que cada vez sabe más y más cosas y cada vez sabe menos y menos cosas». Esta malignidad popular hizo del profesor Nimbus el símbolo del sabio. Este mismo «anticléricalisme» está en el horror de los artistas (cuántas veces excesivo), de un Duhamel en las «Escenas de la vida futura» o de un Huxley en «retorno al mejor de los mundos» ante las manifestaciones de una civilización tecnificada. Es el fácil triunfo del abogado ante los tribunales de justicia, poniendo en un brete al experto, toxicólogo o balístico, o lanzando contra él los rayos confusos y cegadores del contraperitaje. Está en el hecho de que la prensa recuerde constantemente el error del Gallup de 1948, error cien veces explicado y cien veces comprensible pero que los servicios de sondeo de la opinión pública arrastrarán tras de sí por largo tiempo, como un perro arrastra la cacerola que ataron a su cola (55). Está en el reproche con que la multitud le echa en cara al especialista su hermetismo y su «falta de realismo». El ignorante le reprocha su arrogancia; el que no pasó de la escuela primaria, y muchos otros, su cualidad de universitario. El «hombre rebelde», su timidez de carácter; el funcionario su «traición»; el espíritu de finura, su espíritu geométrico. El «anticléricalisme» está también en la crítica del sindicato hacia los «bonzos», sus jefes, y hacia los intelectuales, sus consejeros; en la actitud del soldado frente al Estado Mayor; seguidores, seleccionadores; enfermos, médicos; lectores y jurados de los premios literarios; ciudadanos y «los» que gobiernan: en todas las partes, formas colectivas de rebelión contra la autoridad, reconocida como fatal y necesaria, y por ello tanto más opresiva, rebeliones contra los que «saben», y hablan con conocimiento de causa, y deciden los destinos de los otros sin que estos «otros» tengan nada que decir aunque tengan mucho que murmurar. Pues tal es sin duda la razón del antiintelectualismo de la multitud: un cierto miedo, una cierta aprensión ante la «robotización» que les amenaza, y que tiene tanto más este carácter de amenaza por cuanto saben que, necesaria e inevitablemente, habrán de recurrir a los especialistas.

---

(55) Cfr. «Insoc lleva quince años de actividad», op. cit., págs. 9-31.

6.7. Ligada a este temor, y, en cierto modo compensándolo, un sentimiento de «Schadenfreude» colectiva. ¡Es tan placentero ver en apuros a los especialistas, verlos perder su magnífica seguridad! Es la historia del domador, ese otro especialista insolente, devorado. El día en que en Bélgica un primer ministro echó, astutamente, un rapapolvo a sus propios servicios estadísticos, tuvo de su parte a los que se burlaban: la opinión pública se vengaba con ello de las largas columnas de cifras que jamás había comprendido y que, finalmente, le habían sido impuestas por la ley. Así, pues, parece como si el «anticlericalismo» echara sus raíces en la necesidad de irracionalidad y de misticismo de un mundo tal vez «demistificado» en exceso. Pero el técnico es, por definición, el factor más poderoso de esta demistificación. Resulta por ello natural que la opinión pública, traumatizada como lo está por la velocidad, el crecimiento y el número de las invenciones técnicas y su impacto en nuestra sociedad, reaccione instintivamente, y con la mayor frecuencia equivocadamente y a destiempo, contra el poder en apariencia ilimitado, neutro, amoral, no controlado, pues no está a su vez politizado o despolitizado, de los técnicos. Un ejemplo perfecto de esta reacción instintiva es el de la hostilidad que ha abrumado (en realidad por razones políticas) a los físicos nucleares, a quienes se ha hecho responsables, por razones políticas, de la amenaza de muerte que pesa sobre el planeta, sobre la humanidad. Esta hostilidad fué tan fuerte que, posiblemente, constriñó los mejores cerebros de nuestros tiempos —a un Einstein, un Oppenheimer, un Joliot-Curie— a entonar un lamentable *mea culpa*: estos especialistas de una excepcional envergadura confesaron no haber reflexionado jamás en las consecuencias de sus actos, no haberlas previsto, y adoptaron unas posiciones políticas que atestiguaban más la pureza de su corazón que un real conocimiento de los problemas. Hermoso ejemplo de los abismos a que puede conducir un espíritu de investigación puro, despolitizado y amoralizado.

6.8. Es por haberse dado cuenta de la presencia de todo este irracionalismo, duramente rechazado por la ciencia, en el alma de las colectividades, por lo que los políticos están casi siempre en condiciones de rechazar con pérdidas y fracasos las proposiciones de los expertos que no les parecen aceptables políticamente: les basta para ello con «politizarlas» o, mejor todavía, con «racializarlas» (6.1 y 6.3). Ciertamente que no todas se prestan igualmente a ello: era, por ejemplo, infinitamente más fácil «politizar», para torpedearlo, el proyecto de la C. E. D. que el de la C. E. C. A. Pero, en conjunto, jamás es imposible contrapesar la opinión de los expertos (militares, económicos, carboníferos o financieros) batiendo a llamada por las estereotipias, mitos y creencias de otros tiempos y del presente, supersticiones y prejuicios colectivos que no por ser actuales son menos «obscurantistas» que los del pasado (6.4), para conducir así a la opinión pública a descartar proposiciones reputadas inaceptables por los políti-

cos —y que tal vez lo son realmente—. Finalmente, parece ser que el político triunfa siempre, con razón o sin ella (esto no está ahora en cuestión), sobre el especialista (56). El reproche de no ser técnico forma parte del arsenal, ricamente provisto, hay que reconocerlo, del antiparlamentarismo. Pero tal reproche está muy lejos, como se ve, de implicar una ciega confianza de la opinión en los especialistas. Pues el «anticléricalisme» colectivo parece ir mucho más allá que la confianza, recelosa y esporádica, que los hombres del presente parecen conceder, a contrapelo, a «coloro che sanno».

## 7. A QUIÉN PERTENECE FINALMENTE EL PODER EN UN ESTADO MODERNO

7.1. La imagen de una expertocracia, de una tecnocracia, o de una burocracia omnisciente, omnipresente y omnipotente, que disponga a su antojo del alma de las personas, es en gran parte y hasta nueva orden, al igual que la máquina de pensar, uno de los espantajos del mundo moderno, y tal ha sido, unánimemente, la opinión que se desprende de las discusiones del V Congreso de Ciencias Políticas. Resumiéndolas, el informador general M. R. Grégoire, ha calificado el proceso de la tecnocracia de «falso proceso destinado a enmascarar el de las instituciones». No es que no haya peligro alguno de ese lado. Expertos y técnicos, administradores y «managers», son una fuerza en las civilizaciones técnicas del presente. Y esta fuerza —es un hecho— irá creciendo sin cesar. Pero está lejos, muy lejos, de ser la única, ni siquiera la más activa y la más eficaz. Está lejos, muy lejos, de ser autónoma, y con frecuencia es utilizada por hombres que la han sacado de la nada y tienen la facultad de hacerla regresar a esa nada, y utilizada para fines que no se le permite juzgar y valorar. Y los obstáculos que se alzan en el camino de su hegemonía son tan numerosos, tan diversos y tan eficaces, que sería notoria exageración pedir socorro ya ahora.

7.2. ¿A quién pertenece en el inmediato presente el poder en las sociedades modernas del área atlántica? ¿A las bancas, a los trusts, y a los «holdings», tal como lo quiere una mitología pasada de moda? ¿Al ejército? ¿A los sindicatos, a los partidos y a otros grupos de presión, y más precisamente a los cuadros dirigentes de los partidos y de los sindicatos, como intenta hacernos creer un cierto sector de la prensa? ¿O, tal como lo afirma la doctrina, al Parlamento?

---

(56) En ciertos regímenes los expertos y los especialistas pagan duramente faltas que no les son imputables por completo. Una prueba más de la supremacía del aparato político y de los gobernantes sobre la tecnocracia. Observemos, de paso, que todos los problemas, y aún los datos más técnicos, están mucho más politizados en los países de «democracia popular» que en los nuestros.

¿O a la Administración del Estado? ¿A la opinión pública o a los expertos?  
¿A los especialistas de la investigación operacional o a las masas?

7.3. Antes de responder a esta cuestión convendría, para seguir un método correcto, recordar cuán peligrosa es toda forma de «realismo», en el sentido medieval del término, para la ciencia política. Decir: «las masas», «el pueblo», «el poder», «la burocracia», etc., o, lo que es todavía peor, «las Masas», «el Pueblo», «el Poder», «la Burocracia», sobre todo cuando uno se dirige a esos «abstraedores de quintaesencias» que son profesionalmente los «intelectuales» y los profesores, es exponerse a perder de vista que esas palabras recubren y esconden una cálida realidad humana, a hombres concretos que se hallan situados en las oficinas y en las fábricas. Es arriesgarse a olvidar, o por lo menos a dejar marchitarse, la fuerte realidad humana de las relaciones sociales que unen a estos hombres, y pensar que es efectivamente la Oficina del Partido o la IV Dirección, o el proceso verbal de la reunión de ... quienes han dictado la ley, siendo así que verdaderamente quienes la han propuesto, defendido e impuesto, son hombres que ocupan ciertas posiciones clave.

La ciencia política no deberá, por consiguiente, olvidar que cuando emplea la expresión «el gobierno», ya empieza a separarse de la realidad; pues «el gobierno» es un término abstracto que trae consigo un honesto perfume de objetividad, de implícita preocupación por el bien común, de respeto espontáneo hacia las instituciones, etc. Es un fragmento de derecho, puede que incluso de curso de derecho, que se presenta al espíritu, limpio, puro y perfecto. Pero si digo «los gobernantes», «los políticos» (*a fortiori* «los politiqueros») siento como si esas palabras, que en principio deberían ser cuasi-sinónimas del término «gobierno», arrastran tras ellas un fuerte hedor humano, una peste de táctica y de compromiso, de truco y de componenda, de sujeción incondicional a un partido, a una parte de los ciudadanos, a una parte del país, hedor de fidelidad a consignas partidistas. Pero esta es la única realidad política, objeto de reflexión del «politicólogo»; el resto es historia, derecho o sociología.

La ciencia política deberá, pues, desconfiar de las mayúsculas que le esconden la realidad. Si quiere convertirse íntegramente al «nominalismo» (interpretando el término también en un sentido medieval), deberá proceder sistemáticamente a una desmistificación, maquiavélica o marxista, como se desee, que quitará sus máscaras de abstracción a todos estos conceptos peligrosos.

De este modo excluirá de las fuerzas que participan en la elaboración de las decisiones políticas a las «masas», al «pueblo», al «proletariado», a los «partidos», a la «opinión pública», y al mismo «Parlamento» (57), como tales y

---

(57) Cada vez se tiene una impresión más fuerte de que el Parlamento no es el lugar donde se toman las decisiones, escribe GANSHOF VAN DER MEERSCH en *Réflexions*

abandonados a sí mismos. Si no intervienen más que bajo la acción de la prensa (esto es, de hecho, bajo la acción de un puñado de periodistas) o de los organismos sindicales o partidistas (es decir, de algunos «powermen» que constituyen realmente esos organismos) o del gobierno o del Parlamento (es decir, de algunos hombres que tienen en sus manos las estructuras de la nación, o más exactamente, la dirección efectiva de los activistas de la comunidad política), esos grupos, clases o partidos, no poseen ninguna espontaneidad positiva y creadora, ningún poder propio, ninguna capacidad de iniciativa y de organización (cf. 3.4). No son ellos, pues, quienes toman las grandes decisiones.

7.4. ¿A quién pertenece entonces, positivamente, el poder final de decidir? ¿De modo exclusivo? A ninguno de los grupos que acabamos de enumerar (7.2). Pero, indivisamente, a todos esos grupos, a todas esas fuerzas, cualesquiera que sean, estén organizados o no, institucionalizados o no institucionalizados, integrados o no integrados, representativos de intereses o de ideologías (58), tradicionalistas o revolucionarios.

De hecho, es el paralelogramo de todas las fuerzas en presencia, de todas las fuerzas reales ordenadas según la jerarquía de su poder, quien hace la decisión final (59). Estas fuerzas están de algún modo «encarnadas», jamás debemos olvidarlo, por unos puñados de hombres que las controlan y las dirigen, expertos o políticos, *élites* o dirigentes de masas gragarizadas; a los que Debré llama, muy justamente, los «Príncipes que nos dirigen» y el profesor J. Haesaert, optimista por una sola vez, «élite». En Francia son menos de un millar (60). En Bélgica, su número es todavía más reducido.

El politicólogo debe tomar conciencia, netamente, de esta primera realidad: las grandes decisiones nacionales, las opciones fundamentales, los nombramientos decisivos se hacen a pesar de la opinión pública (aunque teniendo en cuenta sus posibles reacciones), a pesar de la masa (pero previendo el uso que de ello podrán hacer los adversarios del gobierno) a pesar hasta de los miembros de los

*sur le régime parlementaire belge*. Bruselas, 1956, pág. 125. No solamente la impresión: la certidumbre. Pero tal vez la misión del Parlamento sea en adelante la de ser una caja de resonancia, sin más. Cfr. G. SARTORI: «Parlamentarismo y democracia», en *Res Publica*, 1960, núm. 2, págs. 112-120.

(58) Grupos de intereses (Antiguos Combatientes) transformados en grupo o grupos de presión (en origen Sindicatos) que se convierten a su vez en grupos de intereses.

(59) En Bélgica, y colocados en el orden aproximativo de su decreciente poderío: el grupo de intereses campesinos, de intereses municipales, la prensa, los Sindicatos, los partidos, etc. Lo que el senador Etienne de la Vallée Pousin llama «los feudalismos».

(60) M. DEBRÉ: *Ces Princes qui nous gouvernent*. Paris, 1957. A este escaso millar de *powermen* se añaden los dos o tres mil hombres que les rodean, clientes, fieles, candidatos a la sucesión, *bravi* de la política, etc. Cfr. J. HAESAERT: *Essai de sociologie*, páginas 163-165, y R. MASSIGLI: *Sur quelques maladies de l'État*. Paris, 1958.

partidos y de los sindicatos (sin olvidar, no obstante, que un día será preciso explicarles el por qué y el cómo de la política elegida, o, en todo caso, darles una razón más o menos válida) (61).

Sólo los «iniciados» participan real y útilmente en el juego de la vida política, unos a título de políticos, los otros a título de jefes sindicalistas, o de grandes delegados del Estado, o de técnicos (ya salieron los técnicos), y otros, finalmente, a título de representantes de ciertos prestigios sociales (Iglesia Universidad), de ciertos intereses nacionales (Antiguos Combatientes) o de ciertas fuerzas (Ejército).

De ello se deduce el esoterismo de la vida política en sus profundidades y en su realidad (3.2). Es por ello por lo que el ciudadano renuncia tan fácilmente a participar en la vida política. Todo aquel que haya tenido ocasión de almorzar con algún iniciado, periodista influyente, miembro de un gabinete, Ministro, etc., en el momento en que se preparaba una decisión importante, habrá podido constatar todo lo que separa la realidad de la imagen que se da al público (62). La realidad está hecha de visitas, comunicaciones telefónicas (63), encuentros fortuitos o preparados, obligaciones mundanas, políticas o amistosas, o sociales, luchas de clanes (64) y de personas, componendas de «do ut des», *tabús* no formulados, ostracismos tácitos, secretos inconfesados, pero conocidos por todos los iniciados, presiones mil, mil promesas y mil compromisos... Todo ello para asegurar el nombramiento para un puesto de dirección a tal o cual candidato mejor que a tal o cual otro. El ojo escudriñador de un Saint-Simon no bastaría para observar y registrar este prodigioso ballet de fuerzas e influencias desencadenadas.

El papel del político consiste precisamente en dosificar rectamente la im-

---

(61) Una encuesta de INSOC, llevada a cabo en 1960 a propósito de la designación de nuevos ministros y subsecretarios de Estado, constata que del 43 al 76 por 100 de las personas interrogadas (según las personalidades objeto de la cuestión), han respondido «no sé nada de él». A lo que debe añadirse de un 14 a un 26 por 100 que reconoce estar mal informado. Lo cual viene a ser casi lo mismo. Y se trata de políticos, de «hombres públicos».

(62) Sobre el escaso contenido democrático de las costumbres municipales (y el caso sirve también para la vida nacional), cfr. L. MOULIN: «Local self government as a Basis for Democracy: Comment», en *Public Administration*, primavera de 1953 e invierno de 1954, así como el excelente informe del profesor J. BOULOUIS sobre el gobierno local como fundamento y aprendizaje de la democracia, en *Bulletin International des Sciences Sociales*, 1953, págs. 14-53.

(63) Que no dejan huella. El historiador del siglo XX está, a menudo, en estos puntos, más inerte que el medievalista de los períodos más pobres en documentación.

(64) Eso que M. MARCEL GRÉGOIRE llama, con un cierto humor negro, «los tribalismos políticos» (*Le Soir*, 26 de mayo de 1961), y cita el caso de una construcción administrativa en que trabajaran nueve arquitectos, o sea, un representante por cada una de las tres facciones tradicionales de cada una de las tres regiones (Flandes, Bruselas y Walonia) que componen Bélgica.

portancia real de todas estas tensiones (cf. 4.5), en tomar su decisión teniendo en cuenta a todas, ponderadas en su justo valor (que no es el que «vulgarmente» se les da), e insertarlas, en la medida de lo posible (lo cual no siempre es fácil) en la trama de los intereses nacionales (lo cual hace la elección muy incómoda pero también más fácil de defender).

El arte de gobernar sigue siendo, por consiguiente, un arte, y, más aún, el «Ars Artium» por excelencia. No es todavía (¿todavía no?), una ciencia, e incluso está aún a mucho trecho de serlo (65). A ello se deba que todavía sea la política la única manera de practicarla hasta que las cosas cambien.

## 8. ¿INSTITUCIONALIZAR EL RECURSO A LOS ESPECIALISTAS?

8.1. No obstante, y por las razones que anteriormente se dicen, la política está obligada en el presente a pedir auxilio a los consejeros, a los técnicos y a los especialistas.

Que no lo hace de buen grado, es evidente (cf. 6.1 y 6.2); que recurre a ellos como el borracho a la farola, no para buscar luz, sino apoyo, si se nos permite tomar esta metáfora atrevida, pero justa, del sociólogo americano A. Leighton, es igualmente innegable; mas «volens nolens», pide esa ayuda: correría un riesgo excesivo si no lo hiciera. Hitler conoció sus primeras derrotas en Rusia por no haber escuchado, por razones políticas, a sus consejeros militares. También es cierto que logró sus primeras victorias en Occidente por no haberles escuchado tampoco: su olfato político resultó más seguro que las consideraciones tácticas de los otros.

En conjunto, parece, no obstante, ser bueno que los gobernantes tengan, antes de actuar, una visión exacta de las realidades económicas y sociales de su país y del mundo. Una de las causas del fracaso final del Frente Popular en 1936, y M. A. Sauvy lo ha demostrado irrefutablemente, fué el hecho de que el papel propio del político que es el de gobernar y no el de transformar en este género.

El político, pues, recurrirá a los especialistas, a los expertos de todas las disciplinas que tengan algo que ver con las empresas del Estado, lo que es tanto como decir que hoy que el Estado se ocupa de todo, la política recurrirá a los técnicos en todas las disciplinas humanas, sociales o de otra clase. ¿Es

---

(65) Ello no excluye en modo alguno que la política-arte de gobernar recurra a la política-ciencia. Sobre estos dos puntos de vista confróntese las páginas sólidas y decisivas de G. LAGRCD: «Ciencia administrativa o Ciencias administrativas», en *Annales Universitatis Saraviensis*, vol. I, 1956-1957, págs. 92-125, y especialmente el párrafo 6. Véase también el núm. 8 del presente trabajo.

preciso decir que no es necesario hacer tal cosas con exceso? ¿No se olvida el papel propio del político que es el de gobernar y no el de transformar en acto legislativo las decisiones tomadas fuera de su esfera de acción (66) por los especialistas? No lo creo. El político, ya lo sabemos, es hombre demasiado celoso de sus prerrogativas para entregar las riendas a los especialistas. El peligro está, más bien, en que se aferre a ellas con demasiada fuerza.

8.2. ¿Qué formas de recurrir al saber de los expertos podría y debería, en ciertos casos, adoptar el político?

Una primera observación se impone: esas formas varían. Pueden ser permanentes (en el caso de servicios de estudio, de programación) o no permanentes (coloquios, consultas, etc.); sistemáticas, o esporádicas; obligadas por la naturaleza de las cosas, u orgánicamente, o bien, facultativas.

La misma autoridad de los expertos varía en sí misma según las circunstancias y las materias. De hecho, parece ser muy grande cuando se ejercita en dominios puramente técnicos, de débil incidencia política, o altamente científicos (por ejemplo en la investigación nuclear) y disminuir a medida que se aproxima al saber de los gobernantes y de los funcionarios administrativos. El especialista en conducciones de agua o en cemento armado tiene, efectivamente, más probabilidades de ser escuchado que el especialista en cuestiones demográficas y, *a fortiori*, el politicólogo (cf. 7.6).

En cuanto a la fuerza de su opinión es, a menudo, puramente consultiva. Es raro que en algún caso llegue a ser decisiva. A no ser que el hermetismo del saber y el secreto la impongan. O, a no ser, y es el caso más común, que su rigor descargue al político de sus responsabilidades.

Conviene anotar, en fin, que si la definición de los fines pertenece a los políticos, la de los medios es de la competencia de los expertos. Y hay que tener en cuenta que la dialéctica de los fines y de los medios no deja de influir, y más frecuentemente de lo que se cree, la naturaleza y la distancia de los fines y de los medios. Es, pues, muy difícil de establecer la parte exclusiva de los expertos y la exclusiva de los políticos en los procesos de decisión. En último análisis parece que varía según los casos, las circunstancias y los hombres.

Sobre todos estos puntos las respuestas son imprecisas; no se han recogido datos ciertos suficientes para deducir una doctrina por muy embrionaria que sea.

M. R. Grégoire ha creído detectar en ciertas grandes instituciones europeas

---

(66) La política del mercado monetario belga, factor esencial de la vida política del país, ha sido definida en 1957 por un grupo de «iniciados» y aceptada, según lo que ellos dijeron, por el Gobierno de entonces. Es preciso observar que no había otra solución. Inversamente, los Gobiernos belgas posteriores a 1945 siguen manteniendo una política deflacionista, pese a las advertencias sibilinas de Kirschen. La «opinión pública» ignora, naturalmente, estos hechos. No hay regla fija ni regularidad alguna en este punto.

o internacionales «un estallido de las categorías tradicionales, capaces de conducir a una mejor comunicación entre los poseedores del saber y los detentadores del poder. La cosa no cabe la menor duda que puede ser posible, pero incierta, y, sobre todo, no aporta demasiada luz sobre las posibilidades y los modos de institucionalizar las relaciones entre los políticos y los técnicos.

He señalado como un caso límite las facultades concedidas a los Asistentes—elegidos, señalémoslo, por las Asambleas Generales— de Superior General en las Ordenes Religiosas. Para actuar válidamente en el orden político, el General está obligado a tomar consejo de sus consejeros, debidamente reunidos en un mismo tiempo y lugar (67). En todos los casos en que el voto es deliberativo, el Superior debe sujetarse a la decisión tomada por mayoría absoluta de votos. Cuando el voto sólo es consultivo, el Superior no tiene por qué sujetarse a él. No obstante, el Derecho canónico le recomienda muy vivamente «tener en mucho la opinión unánime» y aun mayoritaria, de sus consejeros. Actuar de otro modo sería pecar contra toda prudencia. Se ve así la enormidad del poder de que disponen los consejeros, que el mismo General, Jefe del poder ejecutivo, no puede cuestionar ni sustituir con su propia voluntad.

Es evidente que en las sociedades civiles no podría aplicarse semejante procedimiento.

Entonces, ¿qué solución se puede proponer? Sobre este punto capital el Congreso no ha propuesto, pese a las reiteradas observaciones de M. R. Grégoire, ninguna respuesta, ni precisa ni imprecisa. Y es claro que resulta muy difícil dar una que tenga en cuenta al mismo tiempo la necesidad absoluta en que al presente se encuentran las sociedades modernas (no he cesado de repetirlo a todo lo largo de esta nota) de recurrir a la ayuda de los expertos, y el peligro que existiría de confiarles, por esta razón, un poder excesivo.

Entre la ausencia de toda racionalización y la tecnocracia, ¿qué solución proponer, teniendo en cuenta que la experiencia de los Estados del Este, lejos de ser «enteramente satisfactoria», como M. R. Grégoire parece inclinado a creer, constituye, no una solución intermedia, de equilibrio, sino un caso de politización extrema de todos los datos y de todos los problemas?

Parece que el máximo que se puede obtener ante hombres tan celosos de sus poderes (como ya vimos en 6.1) como los políticos, sería un reglamento haciendo obligatorio el recurso a los expertos *ante factus*.

Sería haber dado un gran paso.

Para no detenernos en tan buen camino, tal vez también sería buena cosa que el mismo reglamento asegurara a los expertos la más completa libertad cien-

---

(67) L. MOULIN: «Die Gesetzgebende und die vollziehende Gewalt in den religiösen Orden», en *Zeitschrift für Politik*, 1959, núm. 4, págs. 341-358 (aparecido en español en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 106, julio-agosto 1959).

tífica y una independencia real frente a los que los empleasen. Cosa que dista mucho de ser la corriente, y ya hemos visto por qué razones (cf. 1.3).

Sería, en fin, necesario prever, en caso de desacuerdo fundamental entre políticos y expertos referente a cuestiones de importancia, la publicación del informe de los expertos, y que ello fuese asegurado, a continuación de la ley o como apéndice de la exposición de motivos. Así sería más fácil detectar en qué puntos ha creído su deber el poder político apartarse de la opinión del saber técnico... Y haciéndolo así es más que probable que los gobiernos tuvieran que explicar su opción a la opinión pública. Al menos es cosa que puede esperarse. Bien pensado esto, es todo lo que puede esperarse si no queremos enrolarnos en el camino de la tecnocracia.

8.3. ¿Tendrían interés los especialistas, el hombre de Estado, el político y los gobernantes en consultar de vez en cuando a los politicólogos? (68). La respuesta es difícil.

Es un hecho que los contactos entre los artistas y los científicos de la cosa pública son raros. A decir verdad, no existen en el plano del saber y son poco positivos en el de las relaciones humanas.

Las razones de ello son las que se han venido señalando a todo lo largo de esta nota, pero llevadas aquí a su más alto grado de incandescencia. ¿Por qué? Sin duda porque el politicólogo por vocación está más próximo que ningún otro al «sancta Sanctorum» de que el político se cree guardián. Porque sus puntos de vista son diametralmente opuestos de modo consciente. Porque el uno es ante todo un hombre de acción, que conoce las dificultades y defectos de toda empresa humana; y el otro, un hombre de gabinete, un teórico, que, evidentemente, no tiene las mismas razones que el político para ser indulgente. Y por otras muchas causas de la misma índole.

Resultado: las relaciones del político y el politicólogo son un poco, en el espíritu de este último, las de un aprensivo con su médico. Dicho de otra forma: no son precisamente buenas. Y no se halla medio de modificarlas en el estado actual de las cosas. Hasta nueva orden, los especialistas en política continuarán siendo los San Juan Bautista, *vox clamantis in deserto*, de la cosa pública. Y los políticos continuarán, por su lado, aplicando empíricamente viejas recetas, fórmulas viejas como el mundo, que llevan alternativa e indiferentemente al éxito o al fracaso, según el humor de los gobernados, el curso de los acontecimientos y el azar de las elecciones.

---

(68) ¿O tal vez los sociólogos, especialistas del hecho global, de los que se trata en 4.4?

## 9. EN CONCLUSIÓN

9.1. El gobierno de los hombres y la administración de las cosas, constituyen al presente un dominio donde deben integrarse, bien que mal, el arte de los políticos, los conocimientos técnicos de los expertos y el saber de los especialistas. Por una extraña ironía de la historia, esta conjunción de tales poderes priva a la masa, que la ha provocado, de la capacidad y la competencia necesarias para intervenir en tanto que masa y con conocimiento de causa, en la dirección de la cosa pública. De ahora en adelante, su función se limitará a la elección cada vez menos libre de los políticos, y a la definición, cada vez más confusa, de los objetivos. La política propiamente dicha escapa a su competencia y a sus deseos.

La democracia gobernante y sus formas menores, la democracia económica, la democracia social, la democracia sindical, se alejan rápidamente hacia el reino de las sombras.

9.2. ¿Está, a su vez, la democracia política, amenazada por este estado de cosas? Sin duda, pues también implica y exige una participación consciente, voluntaria y competente de todos los ciudadanos en la gestión de la cosa pública; y estamos muy lejos, es preciso reconocerlo de que ello sea posible.

Por otra parte, el Parlamento ha sufrido, en estos últimos años, terribles amputaciones de autoridad y de prestigio. Se ha visto obligado a aceptar verdaderas transferencias de poderes en beneficio del Poder Ejecutivo o de la Administración, o de los expertos, o de toda clase de grupos de presión. Todo esto no contribuye, evidentemente, a exaltar el espíritu de la democracia política.

9.3. Las libertades personales cuya existencia pretende asegurar y defender la democracia, ¿están amenazadas por este estado de cosas? No lo creo, por diversas razones.

En primer lugar, porque hasta nueva orden, la autoridad social, el poderío económico, el poder político, los prestigios tecnocráticos y científicos, todavía no se hallan reunidos en las mismas manos, como sucedió en el siglo XIX, con el apogeo de la burguesía conquistadora, o como actualmente sucede en los Estados totalitarios.

Además, porque la Administración y las instituciones están en estado de crisis endémica y son, por ello, débiles. Porque los partidos, los sindicatos y los demás grupos de presión son múltiples y se hacen la competencia. Y porque, como se ha dicho, la autoridad de los especialistas está limitada y frenada por mil obstáculos, internos y externos.

Y, en fin, porque el irracionalismo que invade a los espíritus, sin duda como

reacción contra la racionalización de los móviles y de las conductas humanas, se opone con violencia a los expertos, de quienes teme que lleguen a tener éxito en sus esfuerzos de tecnificar y robotizar a las masas.

Reunidas estas razones parecen dejar todavía al hombre de hoy unas ciertas posibilidades de escapar a los controles tecnocráticos del Estado, a la uniformidad regimental de los grupos de presión, a la masificación en los crisoles de la sociedad... y también le dejan la posibilidad de salvar un parte, cada día más amenazada, de sus libertades personales.

Así, en nuestro «Dichoso Mundo Nuevo» en potencia, un cierto grado de anarquía se ha convertido en la garantía de una cierta autonomía personal.

9.4. De hecho, las libertades personales sólo estarán verdaderamente amenazadas el día en que los políticos, convirtiéndose en expertos de la ciencia política —de una ciencia política infinitamente más perfeccionada de lo que está hoy día— dispongan de los mismos poderes que los sabios gobernantes de la ciudad platónica (69). Ese día, sin duda, se darán juntas las condiciones de ese régimen de sabios del que ya decía Bakunin: «Será el reino de la inteligencia científica, el más aristocrático, el más despótico, el más arrogante, el más despectivo de los regímenes.» *Será el gobierno del desprecio.*

LÉO MOULIN

(Traducido por CÁNDIDO PÉREZ GÁLLEGO.)

## R É S U M É

*Le rôle des experts va croissant. D'où l'absence, par manque d'information, d'intérêt, de qualification ou d'audience, de l'opinion publique, dans les affaires de l'Etat. Le rêve d'une démocratie gouvernante s'évanouit rapidement.*

*Il n'y a cependant pas lieu de craindre pour l'instant la venue d'une technocratie. Trop d'obstacles se dressent devant elle: les limites propres aux spécialistes, l'état embryonnaire de certaines sciences humaines, l'opposition*

---

(69) Cfr. las excelentes observaciones de G. BURDEAU (*Traité de science politique*, tomo IV, págs. 51-53) sobre el peligro que el hombre haría surgir si cediera a la tentación de establecer programas «en función de una previsión exacta» (definida por «técnicos», «con una precisión muy cercana a la de las matemáticas») de las reacciones colectivas». Y si, como frecuentemente sucede, hay cierta disconformidad (cfr. L. SAUVY: *Le pouvoir et l'opinion*. París, 1949) entre el hecho observado por los «conjeturistas» y la conciencia de la opinión pública, ¿quién se saldrá con la suya finalmente, el «técnico» o el hombre de la calle? Cfr. también N. WIENER: *Cybernetique et société*, París, 1952. y el artículo del P. DUBARLE, O. P., publicado en *Le Monde*, 28 de diciembre de 1948.

*générale des gouvernants, de l'administration, des appareils des partis et des syndicats, de certaines classes sociales, l'«anticléricalisme» diffus de l'opinion publique, etc.*

*Dans les sociétés pluralistes, le pouvoir n'appartient à personne en propre, et surtout pas aux seuls experts. Toute décision politique résulte du parallélogramme des forces en présence (les experts y compris).*

*Le politique, expert de la Chose publique, doit tenir compte de l'ensemble de ces forces. Il consultera donc, le cas échéant, les spécialistes.*

*Seul, le politicologue a peu de chances d'être consulté par le politique.*

*Peut-être est-il heureux qu'il en soit ainsi: le règne de «l'intelligence scientifique» serait sans doute «le plus despotique, le plus arrogant et le plus méprisant de tous les régimes».*

## S U M M A R Y

*The role of experts is gaining in importance, which causes the absence of public opinion from public affairs, through lack of information, interest or influence. The dream of a "governing democracy" is rapidly fading away.*

*The advent of technocracy is however, at present, not to be feared. Technocracy will meet too many obstacles: the inherent limits of specialists, the embryonic state of certain social sciences, the general opposition of those in government, of the administration, of the party and trade union machines and certain social classes, the diffuse "anti-clericalism" of public opinion, etc.*

*In pluralist societies, power does not belong to anyone, and certainly not to experts alone. All political decisions are the results of parallelograms of forces (experts included).*

*The politician, an expert in Public Affairs, must take into account all the forces. He will, eventually, consult the specialists.*

*The political scientist is the only one who has little chance of being consulted by the politician.*

*It may be better so: the reign of "scientific intelligence" would probably be "the most despotic, the most arrogant and the most scornful of all regimes".*

